

## ESTUDIOS HISTÓRICOS.



Teresa Broussel, en traje de etiqueta.

**EL RAMO DE PAJA. (1)***(Continuacion.)*

Pero muy pronto se vió llegar á un hombre que acudió amenazante y furibundo, haciendo retremblar el palacio con

(1) Véanse los números 4.º, 5.º, 6.º y 7.º de este año.  
Agosto de 1854.

sus pasos y con el ruido de sus armas, y llevando tras de sí al page que habia preparado la evasión de Luisa.

Este hombre era el capitán barón de Altomar, cuyo verdadero nombre conocen ya nuestros lectores.

Llegaba triunfante á las once y media á la cita del duque de Orleans, cuando supo el robo de su misteriosa cautiva, sorprendiendo en el pabellon al page infiel, en el

TOMO XII. 22

momento en que éste, creyendo que le habían hecho traición, buscaba en vano de habitación, en habitación á la que quería libertar.... El aturdimiento y el espanto le habían arrancado algunas palabras que revelaban su desig- nio, y Altomar le arrojó por decirlo así, en pleno conse- jo, medio despedazado por su cólera y sus golpes.

—¡He aquí al autor de vuestra derrota! dijo el capitán á Condé; ¡he aquí al espía del cardenal que llama al enemigo á casa de monseñor!...

Todo quedó explicado desde entonces, salvo el nombre de Luisa que Altomar ocultó cuidadosamente. Dispensado de la entrada dramática de éste, presentando á los frondistas su nuevo cómplice, el espía fué encerrado en una habitación, desde donde creyéndose mas que nunca perdido y burlado, espidió al cardenal el aviso que se ha leído; avi- so tan fatal para Amalby sin que el autor pudiese reme- diarlo.

—Ya veis, señores, dijo Altomar, que apenas contenia su venganza, y que habia condenado á la Francia para recon- quistar á Luisa, veis que Mazarino os insulta y os ataca has- ta en vuestra misma casa. ¿Esperaremos á que venga á prenderos, ó estamos dispuestos á obrar resueltamente?

—Si, ¡no mas dilaciones, y audacia por audacia! respon- dieron la Señorita y Condé, Beaufort y Nemours, llevados á su primer dictámen por esta provocacion.

Pero Seguier, pálido todavía de su permanencia en el armario, cada vez mas inquieto por su negociacion, y apo- yado por otra parte por la incertidumbre del duque de Or- leans, Seguier recordó la enfadosa nueva de la defeccion de Carlos IV.

Este fué un nuevo golpe para Altomar, que habia salido garante de su real patrono.

—¡Partido! exclamó estupefacto, ¡partido, cuando acaba- ba de jurarme!.... Pero se interrumpió levantando la ca- beza.—Con efecto, esto es extraño, pero se explicará de al- guna manera. Yo tengo el honor de ser amigo del duque de Lorena. Tiene sus arranques que no van por línea recta, con- vengo en ello, pero no faltará á su palabra. Pongo mi ca- beza á que asistirá á la cita de Mr. de Condé... Y ademas, prosiguió lleno de fuego, no son los combatientes los que nos faltan. Yo he prometido cien mil á SS. AA.; yo me atre- vo á darlos dentro de cuarenta y ocho horas.

—¿De dónde los tomáis? preguntó el príncipe Luis.

—De París. Monseñor y la Señorita saben que yo tengo cierto poder.

—Buenos soldados para una conmocion, dijo el vencedor de Lens, pero no tan buenos para una batalla formal...

—No desdeñeis mi gente, repuso Altomar con orgullo... Yo haré con ellos que caigan abajo los príncipes, el tronó y el Parlamento; y tengo ya de estos cinco, mil que no se dejarían herir por la espalda si yo los guiase al fuego bajo vuestras órdenes.

Condé miró al capitán con su vista de águila, y recono- ció al gefe que necesitaba para los parisienses.

—Sea, caballero, dijo vivamente; acepto vuestra oferta, y vos mandareis á vuestros soldados.

Altomar estuvo á punto de no poder disimular su ale- gria. Se veía lugarteniente del héroe de Rocroy, á la cabeza de un verdadero ejército, enfrente del regimiento de Amal- by, y su corazón latía de regocijo.

—¿Os encargareis realmente dentro de dos dias, prosiguió

Condé, de disponer al Parlamento para que escoja entre la Fronda y la córte, es decir, á unirse á los príncipes por un decreto solemne, y á entregarnos los subsidios que pasan todavía á nuestros enemigos?

—Haré mas que disponer, decidiré, dijo Altomar con un gesto que aterrorizó á Seguier.

—¿Os encargareis de quitar al referido Parlamento el concurso de la milicia ciudadana, ayudándolos á compren- der que ellos no son á propósito para guardar á los Maza- rinos?

—Esto me será tanto mas fácil, cuanto que ayer, gracias á mi, una compañía entera se ha negado á dar el servicio en palacio.

—Maravillosamente, caballero. ¿Y queda entendido que si el duque de Lorena falta definitivamente á su promesa, vos llevareis á mi campo cinco mil hombres armados, con las municiones y el dinero necesarios?

—Diez mil hombres si son precisos, con el doble de la cantidad dada por nosotros á Carlos IV, con la única con- dicion de que yo seré su gefe, como el de los walones que me ha dado monseñor.

—Vos sereis su gefe; yo no tengo mas que una palabra, dijo el príncipe Luis; contad conmigo como yo cuento con vos. Y volviéndose hácia el consejo con aquella actitud de mando que tan bien le sentaba:

—En este caso, señores, concluyó, el Parlamento aisla- do, la batalla á Mazarino, si os parece, dentro de dos dias.

—¡Si, la batalla! exclamaron la Señorita y Beaufort.

—¡La batalla! repitieron todos los concurrentes, excepto Gaston y Seguier; el primero porque nunca se decidia; el segundo... porque miraba siempre á la puerta.

Colocado en su último atrincheramiento, el aspirante canciller reclamó la moderacion con una violencia convul- siva, y concluyó por declarar heroicamente que pasarían por encima de su cuerpo antes de atacar al Parlamento y al rey.

No habia aun terminado esta frase cuando se abrió la puerta... Era la respuesta de la reina de Inglaterra, espe- dida por Arnolfini.

Seguier la cogió como una presa, rompió el sobre con cierta reserva, y encontró ¿el qué?... Su retrato de la in- fanta con estas líneas de Enriqueta:

«No he podido hacer que llegue vuestro mensaje á la reina. Mazarino le ha interceptado y me le ha devuelto bur- lándose de vos.—Si Seguier necesita sellos, me ha dicho, que los busque en el consejo de la Fronda. En cuanto al ca- samiento de S. M., yo soy el encargado de ese negocio. Su orgullo y nuestra indignacion se me ha explicado esta mis- ma noche con la llegada á la córte de la bella María Man- cini, sobrina del cardenal, que ha sido festejada como una reina, y recibida con los brazos abiertos por Luis XIV. Ved, pues, lo que teneis que hacer.—ENRIQUETA.»

Un latigazo acompañado de un espólozo no hubieran producido sobre Seguier mas efecto que esta carta; el can- ciller, dispuesto á someterse, se declaró frondista determi- nado.

—Y bien ¿qué nuevas tenemos? le preguntó la hija de Gaston.

—La llegada de María Mancini, á quien Mazarino quiere hacer reina de Francia, respondió el magistrado guardando el despacho en su bolsillo.

—¡Mancini reina de Francia! exclamó la Señorita, primero pálida como la muerte, y después encarnada de cólera...

Todos se indignaron, y el mismo Gaston llevó la mano á su espada....

—¿Dudareis todavía, canciller, exclamó la princesa, en que debe concluirse con esta raza de los Mazarinos?

—No, Señorita, repuso Seguiet, volviendo á tomar un aire de presidencia; este golpe de gracia me decide, *la revolución ha llegado á ser el mas santo de los deberes.*

El autor de las *Máximas*, ocultó la sonrisa entre su bigote, y adivinó que se le presenta un tipo curioso que debe estudiar.

Con efecto, el mismo hombre que poco antes defendía con tanto interés al Parlamento, para volver á pescar los sellos de Luis XIV, se puso á esplicar con el ardid de un antiguo legista, como era necesario conducirse para hacer la revolución *legal*, y anular al Parlamento bajo un Gran-Consejo... que Seguiet dirigiria, se supone.

—He aqui la marcha que es preciso seguir con arreglo al derecho: por medio de decretos formales y reiterados, el Parlamento ha prohibido á las tropas el acceso á París á diez leguas en contorno.

Este decreto no ha sido comunicado todavía á los soldados de Mazarino. Nosotros nos pondremos de acuerdo, para hacerlo comunicar por medio de un órgano importante del palacio....

—Por vos mismo, canciller, interrumpió la Señorita.

—Yo tendria á mucha honra en encargarme de esa comisión, repuso Seguiet, sabiendo que la expedición tenia sus peligros; pero un consejero de la Cámara Alta bastará, añadió modestamente.

La Rochefoucauld sonrió, y Altomar exclamó:

—Yo tengo el hombre que se necesita para el caso: Pedro Broussel, la Fronda en toga roja. ¡El montará á caballo y fulminará la sentencia!

La Rochefoucauld sonrió con mas ganas. Seguiet aplaudió y continuó:

—A fin de dar mayor vigor á esta medida, Mr. de Condé se someterá á ella... en cuanto á la forma... Esta será una brillante ocasion para fastidiar á Carlos de Lorena... A su regreso, la desobediencia de Turena, dispensará de la obediencia al príncipe Luis... Y nosotros nos encontraremos en el terreno de la ley para rechazar la fuerza por la fuerza.

—Convengamos, murmuró Beaufort á su primo, en que este Seguiet es un gran general... parlamentario.

—*Item*, prosiguió el magistrado, por decretos de enero y abril, artículos 7 y 9, el Parlamento ha decidido que se convoque una asamblea general por el preboste, para atender á la seguridad pública. Nosotros reclamamos y obtenemos esta asamblea; nosotros seremos admitidos en ella con los duques y pares, consejeros y gobernadores... El cuerpo municipal, lisongeado con esta conducta, ve en ello un honor y cae en el lazo. Le dominamos sin trabajo, pesamos sobre el Parlamento, le absorbemos ó le aplastamos... Nosotros llegaremos á ser el único y verdadero gobierno.

—Con tanta mas razon cuanto que le presidís, añadieron Condé y Gaston, mientras que el orador se inclina y La Rochefoucauld continúa sonriendo.

—Y Mazarino, estando fuera de la ley, concluyó Seguiet, y quedando por nuestra parte toda clase de derecho, yo soy el guarda-sellos *legítimo*, y yo firmo en nombre de S. M.

las órdenes que convengan á su interés y á la salvación de Estado.

—¡Amen! dijo el autor de las *Máximas*, conteniendo una carcajada.

Pero como conseguia su objeto, el canciller no oye mas que los aplausos del consejo, que adopta por aclamacion su magnífico sistema de revolución *legal*.

Esto era tanto mas maravilloso, cuanto que no habia ya mas que una palabra que añadir á los planes de Condé y de Altomar.

—Yo voy á organizar, dijo el príncipe, la batalla *regular* para el tercer dia.

—Y yo, dijo el capitán, la rebelion *legítima* y los subsidios de *derecho* para mañana temprano.

—Y yo, dijo Beaufort, estrechando la mano de Altomar, que acababa de hacer su conquista, en mi calidad de rey de los Mercados, os considero por mi ministro y por mi lugarteniente.

—Yo acepto este insigne honor, respondió el aventurero sonriendo, cuya ironía no advirtió el nieto de Enrique IV.

—Poco me importa el título ó magestad de un dia, con tal que tus buenos caballos y tus juramentados me sirvan de enseña y de parada. Tu lugarteniente nominal será bien pronto tu capitán efectivo.

Tal era el sentido de esta sonrisa.

El consejo de los príncipes, se separó, pues, á las dos de la madrugada.

## XVII.

## LA COCINA DE UNA REVOLUCION.

Lo particular del caso es, que Deboile-Altomar, no habia esperado su admision en el consejo de los príncipes para *trabajar* por su propia cuenta en la ciudad y en los barrios. Tanto como le servia su falso nombre en la clase alta, tan útil le era el verdadero en la clase baja. Dubosq-Montandré no fué el único que reconoció al antiguo tribunal de Chatelet, al héroe de las barricadas y de la taberna del *Bien público*.

Todos los antiguos hermanos y los amigos que le volvían á ver se ponian bajo sus órdenes. Los unos tocándole con el dedo como Santo Tomás, se aseguraban de que no estaba fusilado; después, honrados con su confidencia, esparcian acerca de él elegías, canciones y leyendas milagrosas... Los otros, esto es, la crédula multitud, tomaban estas leyendas por palabras del Evangelio, y prestaban una fuerza sobrenatural á sus proyectos.—Este no es Deboile, decian, es el ángel malo del cardenal que ha tomado la figura de Deboile.—Ha sido realmente ejecutado en Burdeos, decian otros; pero se ha levantado como San Dionisio, y ha rechazado las balas de Mazarino, y ahora aguarda la prueba del fuego.... O bien, mientras que le enterraban aqui abajo, Dios ha creado su semejante y nos lo ha enviado para nuestro triunfo; ó bien es Masaniello, el salvador de Nápoles que ha tomado la forma del nuestro en Francia; he aqui por qué no se ha podido encontrar ni el cuerpo del uno en Italia, ni el cuerpo del otro en Francia... Y la conclusion general era: —Nosotros podemos seguirle con entera seguridad... Nunca seremos batidos si caminamos á su lado.... El hará que con una mirada suya entre Mazarino en el infierno; deten-

drá al sol del rey como Josué; destruirá los muros enemigos; en fin, dueño Altomar de la situación, no tenía mas que presentarse para encontrar tantos fanáticos como agen-

—A la Bastilla, ó al *regimiento libre* de la corte soberana, elegid...

—¿Quién sois vos?



Carlos de Lorena.

tes... Y la fe, comunicando á estos su propio prestigio, su poder se estendió de hora en hora en los cuatro ángulos de París.

Despues de haber convencido Dubosq á todos sus lugartenientes de la necesidad de ocultar esta vez su bandera roja detrás de la de los príncipes, hasta que los del Parlamento y los de Mazarino cayesen los unos por los otros, distribuyó los papeles á sus hermanos y amigos, y he aqui de que manera formaban su tesoro y su ejército....

Tenian tres medios; el milagro, el ardid y la violencia. Las bandas comunes cedian al milagro cuando se les hablaba de la resurreccion de Deboile ó de la encarnacion de Masaniello. Para los incrédulos y los recalcitrantes, el ardid y la violencia se combinaban ventajosamente.

Frecuentemente, de una pedrada se mataban dos pájaros; á un mismo tiempo se reclutaban hombres y dinero.

Por ejemplo, nuestros héroes entraban en casa de un honrado y rico ciudadano, y le hablaban del modo siguiente:

—¿Quereis á los príncipes?

—¿Que si los quiero! respondia el ciudadano que los creia dueños de París; ¡los llevo en el fondo de mi corazon!

—¿Está bien! ¿sois de opinion que el Parlamento se una á ellos?

—¡El Parlamento debería abrazarlos!

—¿Tanto mejor! ¿Abrireis vos las puertas de la ciudad á sus tropas?

—De par en par: y las puertas de mi tienda tambien.

—Entonces, caballero, en nombre del Parlamento, que se opone á la guerra civil, de la que vos sois un fautor pernicioso, debeis seguirnos en este momento.

—¿Seguireis? ¿Dónde? esclama el ciudadano.

—Reclutador de la espesada corte, caballero.

—¿Y vuestros poderes?



—Hélos aqui...

Y presentaban documentos redactados en toda regla...

Si el ciudadano hubiese optado por el Parlamento, le habrían prendido como á enemigo de los príncipes, con una autorización de estos... no menos regular... Y así sucesivamente, en nombre del rey ó del cardenal, si el ciudadano se hubiera pronunciado contra ellos... con órdenes siempre au-

ténticas, que costaban las unas tanto como las otras...

El ciudadano se defendía, amenazaba, suplicaba, y siendo siempre mejor la razón del mas fuerte, concluía por rescatarse... entregando sus buenos escudos.

(Se continuará.)

## ESTUDIOS DE VIAGES.



La fuente de Baktchessaray, cantada por Pouschkine.

### LA RUSIA Y LOS RUSOS. <sup>(1)</sup>

V.

Baños de Palustrovo. — Campo del boyardo Koucheleff-Bedsborodsko. — Su lujo prodigioso. — Escentricidades de los señores rusos en viaje. — Pablo Demidoff. — Un cólico en cura. — Invasión del cólera en Rusia en 1816. — Su marcha al través de las costas del mar Caspio, la Georgia y el Cáucaso. — El cólera y los calmucoos. — El cólera y los nómadas. — Muerte del príncipe de Mingrelia, Levan-Dadian. — Ceremonias estrañas de sus funerales. — Granjas en las orillas del Neva. — Singulares barcos de vapor. — Campo del príncipe Czermicheff.

Hay en las cercanías de San Petersburgo un manantial

Véase el número 9 del tomo 11.

que empieza á ser bastante frecuentado. Llámase, el manantial de Palustrovo. No podemos asegurar si el atractivo que inspira debe mas bien atribuirse á su eficacia que al magnífico campo en que está situado. Este campo pertenecía al conde Koucheleff-Bedsborodsko. Tipo de los antiguos boyardos del imperio, éste conde ha conservado toda la grandeza de la antigua aristocracia moscovita. Tiene su música particular, su teatro y sus autores, y un sinnúmero de criados y de siervos. El conde Koucheleff recibe á toda la ciudad en sus jardines y en sus parques, y da bailes y conciertos, iluminaciones y fuegos artificiales. Cuando viaja le sigue toda la servidumbre de su casa, y se vé una interminable hilera de equipages de todas clases, aprestos que

harian ruborizar al cortejo mas grandioso de la mayor parte de nuestros reyes ó de nuestros grandes duques de Europa. La marcha del conde Koucheleff recuerda la de Dario, hijo de Histaspo tan bien descrita por Quinto Curcio. No se ha conocido mas que un ruso con quien poderle comparar bajo este concepto; este ruso era Pablo Demidoff, el hermano de Anatolio Demidoff tan célebre en Francia y en todas partes. Cuando este gran señor se ponía en camino, se hubiera creído que se ponía en movimiento una ciudad entera. Los correos le precedían á grandes distancias, y ajustaba para él y para su comitiva dos y algunas veces tres hoteles, pero cuando llegaba, se le antojaba pasar adelante, lo que no le impedía sin embargo pagar á los dueños del hotel como si realmente le hubieran habitado. «Con semejante tren, decía cierto sujeto, aunque uno posea una parte de la Siberia, se concluye en un tiempo dado por morir en un gergon.» Felizmente una muerte prematura vino á detener á Demidoff en medio de sus viages. Su viuda y su hijo han podido descansar, y reparar las brechas que habia hecho á su fortuna. Otros viajeros se han hecho famosos por sus escentricidades tan locas, si no tan costosas. Uno de ellos referia que le habia sucedido muy á menudo atravesar pequeñas ciudades de Alemania con seis caballos de frente enganchados á su carruaje, lo cual ponía á todo el pueblo en conmocion; otro enganchaba hasta quince caballos en una sola hilera. Cierta ruso que se encontraba en un pais extranjero, no conociendo el valor de las monedas, le parecia que gastarlas pronto era el medio mejor de salir de confusiones. Preciso es decir, no obstante, que hace ya algunos años, que los dichosos hijos de los boyardos han renunciado hasta cierto punto, á las estravagancias de sus padres; han comprendido, que una noble sencillez es el carácter mas distintivo de la opulencia y del buen tono.

Mientras que yo visitaba el hermoso campo del conde Koucheleff, ó que admiraba la casa de baños que hizo construir en dicho parage, hallé entre los bañeros un hombre cuya fisonomía me causó una profunda compasion. Se hubiera dicho que cada soplo de su respiracion contenia su vida entera; era ya un cadáver. Me aproximé á él.

—¿Qué enfermedad, le pregunté, os ha reducido á semejante estado?

—El cólera, me respondió.

—¿Cómo! ¿vos habeis tenido el cólera?

—¡Ay! ¡y he visto sucumbir de esta enfermedad á mi padre, á mi madre, á mis hermanos, á mis hermanas, á toda mi familia y á casi todos mis amigos!

—Pero ¿dónde os encontrábais para haber sido tan maltratado?

—En Astrakan.

—¿En qué época?

—En el mes de julio del año último.

—¿Ha hecho muchos estragos el cólera en ese parage?

—Muchos.

—¿Y sabeis la marcha que seguia en su curso fatal, y qué género de víctimas hacia?

—Lo sé perfectamente por mi desgracia. He aqui de qué manera se ha verificado esta segunda invasion del cólera en Europa.

Hace dos años que el cólera hacia considerables estragos en el interior de la Persia, propagándose del Sud-Este

al Nord-Este, cuando á fines del verano de 1846 se presentó en Tauris y en Theran. Muy pronto atravesó las fronteras, y desde los últimos dias del otoño se declaró en el gobierno de Shemaka, en Saliány y en Talysch, los mismos lugares por los cuales habia empezado en 1830; en el mes de diciembre pasó por las ciudades de Bacou y de Derbent; pero en el mes de febrero del año siguiente, retrocedió para fijarse en Kouva.

La primera irrupcion del azote fué terrible; esto es lo que sucede en todas las epidemias. En Saliány sobre todo hizo inmensos estragos; perecieron casi todos los habitantes de la poblacion; en las demas partes del Solurvan, donde el clima es mas sano, y donde los habitantes gozan de mas comodidades, particularmente en los campos, el cólera se mostró mas benigno; los ataques fueron menos repentinos y las convulsiones mas raras. La medicina pudo hacer las debidas aplicaciones en todos los casos.

A fines de febrero hubo una especie de tregua que engañó á todo el mundo; se creyeron libres del azote destructor, y todos manifestaron en alta voz su regocijo. De repente, hácia fines de marzo, reapareció de nuevo, y esta vez con una intensidad desesperante. No solamente volvió á coger la presa que habia abandonado, sino que caminó mas adelante; al Nordeste, hácia la region de las montañas; al Oeste, hácia Tiflis. El 24 de mayo llegó á Kislian, desde donde, subiendo el Terek, penetra en Mozdok; luego á fines de junio, en Piatigonk y en Georgievsk; en fin, en el mes de julio, en Stavropol.

El cólera no olvidó en su funebre marcha á ninguna de las provincias transcaucasianas. La celeridad de su curso no quita nada á la atroz eficacia de su accion. Desde el fétido pantano hasta la montaña de aire fresco y puro, por todas partes lleva el contagio y la muerte. La poblacion del Cáucaso fué diezmada.

Pero he aqui que amenaza al interior de la Rusia. Se le ve aparecer en Astrakan en los primeros dias de julio; primero vago, incompleto, á tal punto, que los médicos del pais le suponen el cólera esporádico, que se reprodujo todos los años con mas ó menos intensidad, en las regiones de las bocas del Wolga. Mas ¡ay! la ilusion duró muy poco. El 15 de julio, deplega el cólera sus facultades epidémicas con una horrorosa evidencia, sin que ningun barrio de la ciudad pudiera libertarse de él, diezma los cuarteles y llega hasta los hospitales.

La mayor parte de las víctimas pertenecian á las clases ínfimas de la sociedad; caen mezcladas sin distincion de edad ni de sexo. Sin embargo, se notó que habia entre ellas cinco veces mas hombre que mugeres, mas adultos que niños, mas rusos que mahometanos y calmuco, los cuales forman una parte muy notable de la poblacion de Astrakan. Esta diferencia en la mortandad de estos últimos, consiste sin duda en su género de vida, pues los mahometanos son generalmente mas sobrios, mas limpios y están mejor vestidos que los rusos; los calmuco, pueblo nómada, acostumbrado á la atmósfera pura de las llanuras, se encontraban bajo una condicion higiénica menos favorable para las epidemias.

A su aparicion en Astrakan, el cólera heria como el rayo. La mayor parte de los enfermos sucumbian antes que se hubiese tenido el tiempo de pensar en el tratamiento. Poco á poco se fué apaciguando, y á medida que la me-

dicina pudo luchar con él, disminuyó la mortandad. Cuando iba declinando, se modificaron los síntomas y cambiándose definitivamente se convirtió en tífus.

Al mismo tiempo que hacia estragos en Astrakan, el cólera recorrió sucesivamente todos los distritos circunvecinos como si antes de subir hacia el Norte no hubiese querido esceptuar á ningún lugar de su fatal visita. Los *oulounes* ó aldeas tártaras de Balschederbeusky, de Chaloderbeusky, de Andrykowsky, le pagaron su tributo. Samanka, sin embargo, fué esceptuada, la epidemia pasó por encima de su cabeza para sumergirse en Kalmytsky-Bazar, aldea grande situada dos leguas mas allá de Astrakan. La primera parte donde penetró fué en la casa del lama, pereció con su vicario y muchas de sus gentes. Sobrecogidos de espanto, los calmuco que habitaban la aldea, abandonan muertos y enfermos y huyen á las llanuras. Pero el azote sigue sus pasos, y dejaron el camino sembrado de cadáveres.

Prosiguiendo estos horribles estragos llegó el cólera á Saratof, y desde allí á Moscou y despues á San Petersburgo. Todo el imperio ha sufrido sus ataques; y vos sabeis que este año han sido mil veces mas crueles que en 1830. Entonces al menos yo no habia sufrido nada ni los míos.

El pobre comenzó á llorar.

Yo procuré consolarle.

—No os tomeis ese trabajo, me dijo, el que ha sufrido tanto sin morir, puede todavia soportar mucho mas. Hay allá arriba un gran consolador, él me indemnizará de tantos males.

A estas palabras el colérico alzó los ojos al cielo, y parecia como que cobraba nuevas fuerzas.

—Sabeis, continuó, ¿cuál ha sido la mas grande victima del cólera? El príncipe de Mingrelia, el ilustre Levan-Dadian. ¡Ah! ¡qué bueno era ese príncipe! ¡Cuánto amor profesaba á su pueblo! No se vieron funerales mas gloriosos que los suyos. Yo he sido testigo de ellos.

Por espacio de doce dias, segun la antigua costumbre de la Mingrelia, el cuerpo del príncipe difunto estuvo espuesto á los homenajes de sus súbditos, y no solamente todos los mingrelianos, sino ademas todos los pueblos inmediatos, los esvanetas, los abkaces, los imeresienses, los gurielanos, acudieron á rendirle su tributo de lágrimas. Era un espectáculo doloroso que despedazaba el corazón. Se hubiese dicho que Mingrelia habia perdido el principio de su vida, y que iba á abismarse en la muerte.

El dia de las exequias, la catedral de Martori, en la cual debia ser sepultado el príncipe Dadian, estaba toda tendida de negro. Su portal, igualmente tendido de negro, dejaba flotar por un lado el pabellon de la casa reinante de los Dadian, presente del emperador Alejandro; por el otro, el pabellon de San Jorge, que habian ganado los soldados de Mingrelia en el campo de batalla. Las campanas doblaban: los tambores y las trompetas sonaban lúgubrememente, y todos los mingrelianos vestían luto rigoroso.

Pero ya el príncipe muerto está depositado en medio del santuario, sobre un dosel cubierto con un paño bordado de oro; los sacerdotes éntonaban cánticos sagrados, y el pueblo llora amargamente.

De repente un cortejo de nobles, descalzos y con la cabeza descubierta, entra en la iglesia; dos príncipes de la sangre marchan delante, sosteniendo á un venerable anciano. ¿Quién podrá espresar el dolor de este anciano? Lan-

za gritos lúgubres, se arranca los cabellos y se pega en la cabeza y en el rostro. ¡Vai! ¡Vai! esclama, y todos repiten con él, arrancándose tambien los cabellos, esta exclamacion desesperante: ¡Vai! ¡Vai!

Cuando llegó al pie del dosel, el anciano se precipita sobre el féretro del difunto, y á la vez que le besaba esclama con acento dolorido:

—¡La desgracia ha caido sobre nosotros! Pueblo ¿quién es aquel ha quien has perdido? ¡Ah! ¡príncipe mi señor! ¿He debido vivir tanto tiempo para llorar sobre las cenizas de tu padre y sobre las tuyas? Yo quiero romperme la cabeza sobre este féretro. ¿Por qué nos has dejado? ¿No estabas satisfecho de nuestro amor? ¿No estábamos dispuestos á derramar por tí hasta la última gota de nuestra sangre? ¿Quién conducirá á nuestros hijos contra el enemigo? ¿Quién protegerá la inocencia? ¿Quién socorrerá al pobre?

Fué preciso separar de allí al anciano á viva fuerza, por que se hubiera dado la muerte en el exceso de su dolor. Mientras que le llevaban, pasó por delante uno de los parientes del difunto.

—Dime, exclamó, ¿quién es aquel á quien hemos perdido?

—Nadie me lo pregunte; yo he perdido la vista á fuerza de tanto llorar; el sol se ha oscurecido para mí, mis ojos se han convertido en dos manantiales de lágrimas.

Apenas el anciano volvió á entrar en medio de la multitud, se oyó un grito agudo y salvaje. Era una muger. Se precipita sobre el féretro. Sus blancos cabellos están salpicados de sangre.

—¡Dejad que derrame mi sangre con mis lágrimas! Hemos sido alimentados con una misma leche, y muere antes que yo. ¡Ah! ¡querido príncipe, y cuanto te amaba yo! ¡Desgraciado, desgraciado!

De esta manera todos los súbditos del príncipe de Mingrelia llegaban á prosternarse al pie de su féretro para espresar su sentimiento. El príncipe fué llevado á las cuevas de la catedral. Entonces la multitud discurrió silenciosa, y pasó á hacer su última visita al palacio de aquel á quien habian perdido.

Refiriéndome esta triste ceremonia, el colérico de Palastrovo estaba profundamente conmovido. Yo lo estaba tambien.

—¿Los mingrelianos aman mucho á su príncipe?

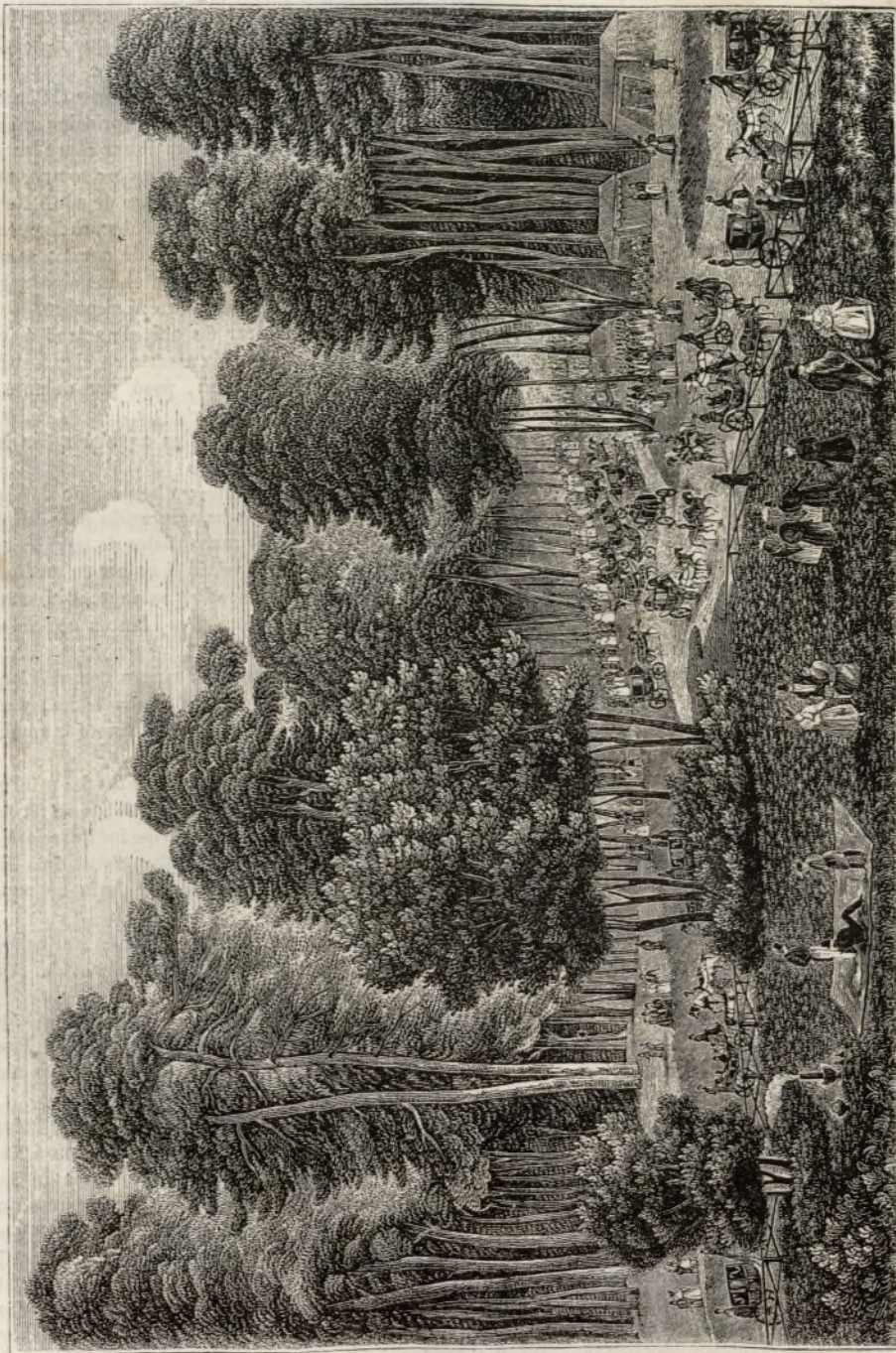
—Le aman como á un padre, como un Dios. Pero el príncipe Levan-Dadian era mas amado que ninguno. Era para sus súbditos un verdadero padre.

Despues de haber dejado los baños de Palastrovo, me embarqué un dia en el Neva para dirigirme á Naraia-Ladoga, una de las ciudades mas pintorescas de Rusia. Bogue sobre las aguas trasparentes de este hermoso rio, con una rapidez sin igual. Y de todo esto necesitaba, y ademas, de un sol magnifico y de un tiempo de calma perfecto, para olvidar el miserable barco de vapor que me llevaba en compañía de algunos otros pasajeros, la mayor parte de ellos mugicas, de larga barba y de vestidos sucios y despedazados. Yo llamo aquí barco de vapor á un viejo casco de madera, animado por una máquina mal servida, y desprovista de las cosas mas necesarias. En esta embarcacion, la confeccion de un bifeck era un problema cuya solucion se hubiera esperado en vano. Yo me ví obligado á contentarme, durante una travesia de doce horas, con algunos

huevos duros, mas ó menos frescos, y con una ligera botella de *kwass* (especie de cerveza).

Las márgenes del Neva son poco risueñas. Sin embargo,

alli un lujo de pórticos y de columnadas, que recuerda los mas espléndidos templos de Grecia. Tambien se ven alli misteriosos kioscos, parterres sembrados de flores, verge-



El gran parque de Salkemky en Moscou.

se encuentran acá y alla bonitas granjas y hasta magnificas residencias señoriales. Citare entre otras, la casa de campo del principe Czernicheff, ministro de la Guerra. Hay

les y bosques, que no ceden en nada á los de Paulowsky y de Peterhoff.

(Se continuará.)



## LEALTAD DE UN MEDINENSE.

1060.



Este hombre se muere de hambre.—Pág. 482.

## CUATRO PALABRAS Á GUIZA DE PRÓLOGO.

Los hombres como las cosas, cambian de siglo en siglo extraordinariamente. Lo que ayer constituía el carácter natural de la época, hoy lo miramos como fabuloso cuando no lo calificamos de incomprensible. Egoistas hasta lo sumo, quisiéramos negar la posibilidad de ciertos hechos históricos de aquellos que no conocimos, tan solo porque nosotros somos incapaces de imitarlos; la historia imparcial habla y no nos queda mas recurso que reconocer en ellos virtudes de que estamos desnudos. Empero no debe culpárenos, pues que nosotros como ellos, seguimos el espíritu del siglo.

El siglo XIX es un siglo positivo de vapor y de charlatanes. Siglo positivo (1) porque es puramente mercantil ó de especulaciones, porque las ideas políticas, la fé religiosa y hasta las afecciones morales mas íntimas, todo se explota, todo se sacrifica ante ese formidable ídolo conocido por *interés*. Siglo de vapor, todo lo sujetamos á la influencia de este poderoso auxiliar de la civilización moderna, nuestras ideas, nuestros deseos y nuestros hechos, necesaria-

(1) No en la acepción de cierto, efectivo, etc. sino en la de positiva, ó poseído del positivismo.

TOMO XII.

mente rayan en vaporosos. Siglo de charlatanes, apologamos divinamente las nobles acciones de nuestros mayores, aunque nos creemos dispensados de seguir sus huellas: admiramos y justipreciamos la serenidad con que por la fé cristiana recibían los mártires sus horrorosos castigos, y aunque nos titulamos eminentemente católicos, apenas se hallaría uno que voluntariamente aspirase á conquistar la bienaventurada palma del martirio. En resumen, ellos, atrasados y en el oscurantismo, nos dejaron mil páginas de gloria y ejemplares virtudes: nosotros cultos y en el siglo de las luces, no hacemos otra cosa que charlar, mintiendo lo que sentimos, sintiendo (en general) lo contrario de lo que contamos.

Sentado lo antecedente no extrañará el hecho que á narrar vamos, por mas que á primera vista, semeje una de tantas consejas tradicionales que corren en boca del vulgo, y que no es sino un suceso positivo autorizado por concienzudos historiadores.

I.

## DEBER Y TERNURA.

A la muerte del primer Fernando de Castilla y de Leon, se dividió el reino conforme á su voluntad entre sus tres

23

hijos: á don Sancho por mayor, señaló Castilla, á don Alonso Leon, y Galicia á don García que era el menor. Segun el maestro de las historias escolásticas, en el titulo de la *Constantia*, cap. III, fol. 95, don Fernando estuvo casado de segundas nupcias con doña Urraca, hermana de don Diego de Haro señor de Vizcaya, y la habia dado al contraer el matrimonio, algunas villas y fortalezas en el reino de Leon (4). Don Alonso, que nunca habia sido muy inclinado á esta señora, cuando vió que su padre le dejaba á él aquel reino, concibió la idea de despojarla de cuanto su padre la diera y en primera proporcion la puso por obra. ¿Qué importa contrariar la voluntad de un padre, si se consigue el dominio de algunos miles de vasallos mas?... ¡Oh ambicion y cuanto incienso te han prodigado los poderosos en todos tiempos!.....

No se contentó con apropiarse cuanto á doña Urraca correspondia, sino que don Diego (su hermano) como es natural tratara de ayudarla y tuviera un castillo que se decia de Anguiar en sus dominios, envalentonado con el buen éxito de sus anteriores jornadas, resolvió tambien quitársela.

Don Diego supo con oportunidad los intentos del rey: abasteció abundantemente de víveres esta fortaleza é hizo reiterar el juramento de fidelidad á la gente que la guarnecía. Un natural de Medina del Campo llamado Márcos Gutierrez de Benavente, era alcaide á la sazón y hombre recto no menos que esforzado, juró «antes morir, que el castillo pasara á ser propiedad de otro que no fuera don Diego.»

Sabida es la santidad que encerraba un juramento de esta especie en aquella época: ademas, Márcos Gutierrez era un experimentado guerrero en las luchas sostenidas por don Fernando con los moros de Córdoba y Toledo, y con razon considerado como uno de los mas entendidos en los ardidés de la guerra, y no estrañará que don Diego regresara á Vizcaya, satisfecho cuanto cabia en tan criticas circunstancias, sin temer que el resultado de la empresa, fuera perder su inespugnable castillo.

El alcaide del castillo de Anguiar tendia la vista desde la egiva ventana del sencillo aposento donde moraba, ora á la florida campiña que se extendia al pie de la envidiada fortaleza, ora en lontananza admirando aquella fulgente aurora boreal que acompañaba al rey de los astros en su magestuosa retirada.

Contra su natural enérgico y comunicativo, hallábase triste y meditabundo como aquel que consultára á un agorero sobre el éxito de una proyecta empresa, y le asegurara su horóscopo un lamentable acontecimiento. ¿Será que atemorizado con los rápidos triunfos del rey Alfonso, prevea para consigo el mismo resultado, y débil y pusilánime dude si resistir con un corto número de valientes, los abundantes escuadrones de aquel? .... No: Márcos Gutierrez ha jurado á su señor la defensa del castillo ó sucumbir en la demanda, y un hombre de valor y noble como él, jamás falta á su palabra aunque el universo entero se coligue en sudáneo. ¿Qué

(4) La discordancia que se nota en los escritos de nuestros antiguos historiadores nos hace á veces comprender las cosas contrarias de lo que en realidad son. Mariana dice, que don Fernando no tuvo mas muger que doña Sancha que le sobrevivió si seguimos esta hipótesis doña Urraca no pudo ser sino concubina.

puede, pues, producir ese cambio que en él se observa?... Solo él con las palabras que de vez en cuando pronunciaba puede dar solucion á nuestra duda. Decia asi:

—Campos vecinos, hoy llenos de flores y verdura, os saludo reverente como á uno de los muchos dones del Supremo Hacedor. Vosotros prestando vuestras lucentes galas á la primavera, obedecéis risueños la ley de la naturaleza, y no contrariáis los designios de vuestro Criador. ¡Cuánto resplandece su omnipotencia á vuestra vista!.....

Mañana el capricho de un hombre ambicioso pondrá en vuestro suelo un ejército: hará desaparecer sus flores y verdura, y ese sol que hoy alumbrá tan delicioso panorama, mañana alumbrará quizás un lugar de luto y consternacion; de consternacion, si, porque estará cubierto con la sangre y cadáveres de mis hermanos. El capricho de un hombre: de él que es representante de Dios en la tierra, va á promover una lucha encarnizada, horrible: y ese hombre verá impasible correr á torrentes la sangre de sus semejantes hasta ver satisfechas sus pretensiones, siquier sean injustas... ¡Horror!... ¡horror!...

Dijo, y midiendo á grandes pasos el solitario aposento, tendió adelante sus manos, cual si tratara de rechazar una vision espantosa.

Mil alaridos é imprecaciones que en la muralla lanzaban sus soldados, le sacaron de su enagenamiento: aquellas descompuestas voces debian ser el anuncio de la aproximacion de las huestes enemigas, porque esta costumbre se habia adquirido en España desde la invasion de los árabes.

El alcaide escuchó con avidez; las voces continuaban: á sus labios asomó una amarga sonrisa, y sus ojos brotaron fuego.

No le quedaba duda del origen de aquel ruido, y sin embargo, salió á cerciorarse por sí mismo: sus soldados al verle guardaron silencio.

Sin hablar palabra, subió á la barbacana del costado de Oriente: tendió su vista en el espacio, y vió á dos horas del castillo un rebaño (tal semejaba) de soldados, que supuso acamparian allí por la proximidad de la noche: asi fué en efecto. Volvióse á su gente y pronunció una breve cuanto enérgica arenga. Un «¡viva don Diego!» unánime, fué la contestacion de aquellos hombres (cuyo número ascendia á cincuenta), que dentro de pocas horas debian ser sujetos á uno de los peores trances de la guerra: el cerco. Esto le bastó para persuadirse de su heroica adhesion.

Pronto las sombras de la noche envolvieron en oscuras mallas la península Ibérica.

Márcos Gutierrez en la estancia donde le hallamos por vez primera, sostiene una animada plática con su fiel sirviente Rui-Pero, plática que le atormenta, pero que está muy lejos de desear ver concluida.

Rui-Pero le habla de su muger y de sus hijos, y el alcaide, ciego idólatra de prendas tan caras á su corazón, dando rienda suelta á sus sentimientos, no titubea en manifestar la duda con que batalla su alma.

—Rui-Pero, decia: tú no sabes cuánto me es costosa esta separacion, y por eso la reclamas. ¡Oh! es imposible, imposible.

—No ignoro, contestó aquel, lo que os dolerá su ausencia, pero reflexionad que es preciso, señor; querer que permanezcan en el castillo es una temeridad.

—¡Temeridad!... El castillo es inespugnable.

—No niego, añadió Rui-Pero, su fortaleza, y tanto la ten-

go en cuenta, que puedo aseguraros es mi arma para deciros.

—Esplicate.

—Seré breve: el rey cerca este castillo con esperanza de poseerle. Sin haber una traicion de nuestra parte estarán sus huestes muchos meses sin adelantar un paso, y con mucho perjuicio si don Diego viene en nuestra ayuda; ahora bien, esta resistencia resentirá el orgullo del rey, y del orgullo ofendido al despecho y deseo de venganza, solo hay un paso: el rey entonces será capaz de traer todo el reino sobre nosotros, con objeto de sitiarnos... ¡por hambre! y el hambre...

—El hambre mata, dijo el alcaide con la mayor exaltacion, y muriendo, habremos cumplido con nuestro deber, y no le quedará á don Alfonso ni aun la satisfaccion del triunfo.

—Pero el hambre... prosiguió Rui-Peró, no habrá perdonado á vuestra esposa: el hambre... (y aquí acentuó con energía sus palabras) ¡habria hecho sucumbir á vuestros hijos!...

Si una víbora le hubiera picado, no habria hecho enderezar con mas ligereza á Márcos Gutierrez. Rui-Peró continuó:

—Y cuando les viérais con las ansias de la muerte pretendierais salvarlos; pero entonces os contestarán ¡es imposible! ¡Oh! y seria verdad, porque moririan á cuchillo salvándolos del hambre.

—¡Maldicion! ¡Maldicion! gritó el alcaide.

—Si, volvió á replicar con dolor Rui-Peró; no tendrian mas remedio que morir, y seria su padre la causa, y...

—¡Calla, calla, me desgarras el alma!

—Aun hay tiempo de evitarlo; sed razonable, señor; disponed al punto su partida, y dentro de dos dias pisarán el hospitalario suelo de Castilla. Cuando los haya dejado (porque yo les acompañaré; ¿no es verdad?) cuando los haya dejado en Medina con vuestros deudos, y yo regrese con tan fausta nueva, vuestro corazon volverá á ser lo que ha sido, es decir, un corazon de guerrero, un corazon... de bronce.

—¡Lejos de milado quizá por años!... quizá... murmuró Márcos Gutierrez con abatimiento, y Rui-Peró aparentando no haber oido prosiguió:

—Y entonces vengan ejércitos á cercaros: venga el orgulloso rey de Leon á clavar su estandarte en la almena del castillo de Anguiar.

El alcaide se hallaba vencido. A las últimas palabras de su fiel criado hizo sonar un pito de plata que llevaba pendiente del cuello, y no tardó en verse aparecer una muger como de treinta años, de perfecta hermosura, si bien dominada de una tinta melancólica.

Cuando el guerrero la vió, forzó una sonrisa para encubrir cuanto fuese posible el dolor que se pintaba en su descompuesto semblante, y se adelantó dos pasos para recibirla.

—¿Me llamábais? preguntó aquella muger (que no era otra que su esposa), con una voz dulce y argentina.

—Si, señora, contestó el guerrero; ya sabeis que las tropas del rey de Leon se hallan á la vista de este castillo: que mañana seremos cercados, y que este cerco, segun puede ser de corta duracion...

—Si, ya me habeis dicho, podrá durar años.

—Es cierto, siguió el alcaide: con ese motivo, señora, ni

vos ni vuestros hijos debeis hallaros mañana en este recinto.

—¿Cómo! ¿Quereis que nos separemos? preguntó aquella muger con asombrados ojos.

—Quiero evitar, dijo, que los azares imprevistos de una guerra puedan ser en vuestro daño.

—¿No decís que es inconquistable este castillo?

—Asi debe de decirlo quien ha jurado á su señor defenderlo á fuego y sangre; pero á vos... en esta ocasion suprema... cuando dentro de algunas horas no podreis salir, debo desengañaros; el castillo es fuerte; pero...

—¡Oh! conclud. Pero...

—Pero á fuerza de apretar el cerco... (y espantado con lo que iba á decir, exclamó), en fin, señora, preparaos á partir con vuestros hijos, los momentos son preciosos.

—¡Márcos Gutierrez! dijo aquella hermosa muger con bravura chispeando fuego sus ojos. Enlazados están nuestros corazones como dos encinas nacidas de un mismo tronco: favorable ó adversa, vuestra suerte debe de ser la mia, y de vos no me separaré.

Ahogábale al alcaide la emocion. Rui-Peró, que á la entrada de su señora se habia retirado algun tanto, al ver la imposibilidad de aquel para contestar, se adelantó hasta ella diciendo:

—Señora, el cariño que teneis á vuestro esposo, os dirá cuán dolorosa le será á él esta resolucio: á él, que os ama con frenesí, que despues de Dios solo vos y vuestros hijos ocupais su pensamiento: cuando os dice que esta separacion es precisa habrá motivos, y... ¡Oh! por piedad, señora... exclamó al percibir en ella un gesto que indicaba una negativa; ¡por piedad, partid á Medina con vuestros hijos!... Mirad que retardándoos es sacrificaros.

—Si vuestro deber os exige hasta el sacrificio de la vida, el mio está en no separarme de mi esposo aunque me amenazara la muerte.

—¿Y vuestros hijos? repuso Márcos Gutierrez. ¿No fuera mejor, señora, que dedicada á cuidarlos en vuestra casa, aguardárais en ella el término de esta guerra, ayudándoos con vestras fervientes oraciones?

Iba aquella heroína á contrariar á su esposo; mas éste lo advirtió y dijo con desgarrador acento:

—¿Será mejor á nuestros hijos se les esponga á morir de hambre?...

El argumento fué contundente. Pocas palabras mas fueron necesarias para decidirla á partir.

Dos horas despues se tiró el puente levadizo para dar salida á madre é hijos; Rui-Peró era su guia.

La despedida fué triste. A la voz del honor que mandaba al guerrero sacrificarlo todo ante su juramento, sucedió el amor paternal; y las lágrimas, esos mudos intérpretes de nuestros sentimientos naturales, surcaron sus tostadas mejillas al abrazar prendas tan queridas.

Impaciente en estremo aguardó Márcos Gutierrez el regreso de Rui-Peró; á la octava noche, por fin, se oyó la señal convenida, y una poterna se abrió cautelosamente para darle entrada: la oscuridad de la noche favoreció su travesía por medio de las tropas del rey, que tenian cercado el castillo desde el dia que siguió á su marcha. Márcos Gutierrez al verle le interrogó con la vista.

—Están en salvo, dijo, y rogando á Dios por nuestra buena ventura.

—¡Gracias, Dios mio, gracias! exclamó el guerrero alzando sus ojos y manos al cielo, y volviéndose á sus soldados añadió: mi juramento no liga de manera alguna á mi esposa é hijos á nuestra suerte, y podrían algun dia ser un obstáculo para realizar alguna empresa que nos dé nombre de buenos. Ahora, nada hay en el mundo que nos impida morir como bravos castellanos.

## II.

## SACRIFICIO HEROICO.

Lo previsto por Rui-Pero en su plática con el alcaide habia sucedido: el rey Alfonso, viendo que se resistian algunos meses, mandó mas tropas para estrecharles; pero los meses fueron años, y el pendon de don Diego de Haro seguia tremolando ufano sobre la torre del castillo: esto le enfureció:

—¡Cómo! decia ¿unos cuántos miserables castellanos han de burlarse de un rey de Leon, que cuenta con un poderoso ejército? ¿El que siempre ha salido victorioso, ha de retirarse vergonzosamente, humillado por la constancia de esos hombres? No, vive Dios, yo mismo iré contra ellos, y... ¡Ay el dia que se humillen!

Partió en efecto, y procuró amedrentarlos con acometidas continuas: de noche como de dia, no habia mas treguas de sosiego que las precisas que se concedian al reposo; era, en fin, una lucha sin descanso; y sin embargo, los sitiados seguian impertérritos.

De esta suerte habíanse pasado... ¡cinco años!...

El rey de Leon, á vista de tal perseverancia mudó de táctica: en vez de presentarse en actitud guerrera, mandó salir de su campo un heraldo para conceder á los del castillo un completo perdon si á discrecion se entregaban, ó anunciarles que de no hacerlo en un breve término, serian pasados á cuchillo.

A la sazón, el estado del castillo no podia ser mas deplorable. Mientras solo se habia luchado con los soldados del rey, el valor de aquellos hombres no habia cejado lo mas mínimo; pero hallábanse ahora reducidos á una estrechez de víveres espantosa. El agua de los algibes, con una detencion tan larga, habia entrado en el periodo de putrefaccion, y á esta causa era debida una fiebre que diariamente hacia nuevas víctimas; de suerte, que aquellos que sobrevivian, miraban consternados su cercano término, porque al cabo de cinco años de aguardar algun socorro, habian llegado á perder ese don consolador que traspasa los límites de la vida. ¡La esperanza!... Sin esta, comenózose á mirar con indiferencia la gloria que el alcaide les habia hecho vislumbrar, y tras la indiferencia vino el abatimiento y la insubordinacion. Rui-Pero les oyó murmurar amargamente la obstinacion del alcaide en sostener una causa tan desesperada, cuando don Diego no les habia venido á ayudar; luego el recuerdo de la muerte de sus compañeros les horripilaba.

El heraldo, pues, con el real perdon, no podia llegar en ocasion mas crítica. Oido el mensaje, el alcaide enterado por Rui-Pero del desaliento y disgusto de sus soldados, contestó que con un faraute mandaria su resolucion al campamento del rey. En seguida mandó reunir á sus soldados y el pasó á su aposento.

En los mayores peligros es donde los hombres grandes demuestran todo lo que valen. La posicion de Marcos Gutierrez era en extremo falsa; jamás se habia hallado en circunstancias análogas; pero ¿qué le importaba? El, con su corta elocuencia, supo otras veces entusiasmar á aquellos soldados; ¿por qué ahora no habia de lograrlo? ¿No quedaria en sus corazones un destello de aquel antiguo ardor, que rompiera los diques de su furia al solo acuerdo de la deshonor de su nombre? ¿Se hallarian sordos á los gritos de su conciencia, que les representaria una traicion en la menor falta de su deber?... Esto se dijo, y procuró dar el golpe decisivo: en él no cabia mas que el triunfo ó la muerte.

Hay escenas que se comprenden y que dificilmente se reproducen con exactitud: á este número pertenece á no dudar la que se nos presenta; sin embargo, trataremos bosquejarla á grandes rasgos siquier conozcamos ser obra superior á nuestras fuerzas: la penetracion de nuestros lectores, suplirá la falta de nuestro pobre ingenio.

A doce se hallaba reducido el número de los soldados (hemos dicho eran cincuenta) efecto de la infeccion de las aguas. Los doce aguardaban la salida del alcaide con alguna ansiedad; porque no ignoraban que de aquella conferencia dependia su suerte futura. Quien les hubiera visto anteriormente, de seguro que entonces no les conoceria: los trabajos y privaciones habian impreso una marca indeleble en sus varoniles rostros; lo curtido de la piel, el descuido de sus cabellos, y lo haraposado de sus vestidos, todo contribuia á darles un aspecto salvaje.

El alcaide no se hizo esperar mucho: con paso lento y arrogante traza, se presentó á su escasa tropa trayendo en la mano la bandera de don Diego: su resolucion hemos dicho, estaba tomada, y los soldados pretendieron leerla en su semblante; pero este era una impenetrable máscara que ocultaba perfectamente sus sentimientos: en su sereno y noble continente, no se traslucia dolor ni contento, confianza ni recelo. Solo se veia de extraordinario en él, un cerco violado en derredor de sus ojos; era la huella que le dejáran sus repetidas noches de insomnio. Apenas llegó á ellos dijo con voz reposada:

—Esta reunion, amigos míos, no es como las de otras veces para dictaros órdenes: es solo para saber vuestra voluntad y poder contestar en su vista al mensaje del rey Alfonso: pero antes prestadme atencion por un momento:

Era tan afectuosa su expresion al hacer esta súplica, que aquellos desalentados y malcontentos, se estrecharon en torno suyo con tanto interés, que se diria que su ser estaba pendiente de las palabras que iba á proferir el alcaide. Este despues de una breve pausa continuó:

—Cuando don Diego nuestro señor abasteció abundantemente de víveres este castillo, desde luego supuso que el cerco seria por demás obstinado; pero no sospecharia que durase.... cinco años, y que al cabo de estos, el mismo rey de Leon se hallase á nuestro frente con mayor empeño que el primer dia, de domeñar nuestra constancia; que si esto le viniera á las mientes, de seguro no nos hubiese creido capaces de cumplirlo, y nos habria relevado de nuestro juramento. Este, nos fué exigido; y si fuimos fieles á él, pruébalo bien ese perdon que el rey de Leon nos otorga á los cinco años de lucha, y pruébalo mejor el corto número á que estamos reducidos: hasta aqui todos hemos cumplido con nuestro deber, y por ello debemos.... gloriamos.

Los soldados escuchaban con placer: el alcaide siguió diciendo:

—Ahora bien: en don Diego que ofreció venir en nuestra ayuda, no debemos tener esperanza, pues que en los cinco pasados años no habiéndolo hecho prueba su imposibilidad, y.... ¡quién sabe si acaso la muerte!... en fin, de cualquier modo no debemos prometernos su socorro. Los víveres sabeis que tocan á su término, y que el estado de las aguas nos preparan la suerte de nuestros infortunados compañeros. En este trance se nos ofrece un perdon; pero... en este perdon, va envuelto el deshonor, puesto que ofrecimos primero morir que entregar el castillo. El que don Diego no nos haya socorrido, no es razon para que nosotros obremos contra lo que dicta el honor, ni mucho menos amenagua el perjurio.

En este estado, amigos míos, no hay mas recurso que morir como buenos, en cuyo caso la victoria que alcance el rey Alfonso será un sangriento sarcasmo que abatirá su desmentido orgullo, ó bien aceptar el perdon que se nos ofrece salvando la vida en trueque de una eterna infamia.

Estas palabras dichas con vehemencia, escitaron la exaltacion de los soldados, en cuyos rostros se pintó con oscuras tintas la fiereza y la abnegacion: era lo que el alcaide deseaba; pero sin demostrar haberse apercibido de ello, prosiguió:

—Mi resolucíon está tomada: he jurado á don Diego la defensa del castillo, y lo cumpliré hasta mi último momento: vosotros creo que estais en la misma obligacion, y que el ejemplo de nuestros compañeros debiera fortaleceros en el buen camino; pero sois libres en seguir ó desechar mi suerte; el que prefiera la deshonra á la muerte, puede desde luego mostrar su voluntad para aprovechar el perdon que el rey ofrece.

Calló, y un profundo silencio sucedió á sus palabras; empero este silencio era sobrado elocuente: aquellos rostros no demostraban pesar ni arrepentimiento, sino por el contrario, la decisíon mas enérgica, el entusiasmo mas sublime.

Así lo comprendió Márcos Gutierrez, pues que despues de recorrerlos con la vista, exclamó:

—Vuestros semblantes me dicen mas de lo que pudieran vuestros labios: ¡gracias, amigos míos, gracias! Quien así comprende su deber prueba que tiene honor; y el hombre de honor, muere antes que mancillar su nombre. Todos estais dispuestos á morir con vuestro caudillo ¿no es verdad?

—Sí, sí, contestaron todos con heroísmo.

—¿Podré decir á don Alfonso que la guarnicion del castillo de Anguiar conoce su deber, y morirá antes que entregarse?

—Sí, sí, eso es, le replicaron.

—Bien, así lo haré y.... ¡quién sabe!.. quizá esta resolucíon nos salve de la muerte y del deshonor.

—Cúmplase la voluntad de Dios, dijeron algunos.

—De cualquier modo, amigos, siguió el alcaide levantando en alto la bandera de don Diego donde se veian bordadas las armas de la casa de Haro; ¡seamos fieles á nuestro juramento! ¡Muramos esclavos del deber!

—¡Muramos, muramos! gritaron con decisíon agrupándose bajo aquella venerada enseña.

El entusiasmo habia llegado á su término; aquellos hombres que momentos antes zozobraban en horribles escollos, ahora se hallaban dispuestos á contrarestar el mundo ente-

ro, y á sacrificarse con su bravo gefe si tal se les ordenaba. Rui-Pero fué el encargado de llevar la contestacion al rey.

Los sitiadores estaban acostumbrados á ver en los del castillo cosas al parecer tan sobrenaturales, que cuando vieron salir á Rui-Pero no pudieron ahogar un grito de admiracion repetido en todo el campamento; todos los corazones puede asegurarse que latirian con violencia.

Con mesurado paso y grave talante, se adelantó Rui-Pero hasta la tienda del rey: si impaciencia se advertia en los soldados, no debia de ser menor la de don Alfonso que al punto le hizo entrar.

—Y bien, dijo al verle, ¿qué contesta el alcaide? ¿Acoge agradecido el perdon que le otorgo?

—Señor, contestó Rui-Pero: Márcos Gutierrez os da gracias por tan generoso ofrecimiento, pero ha jurado salvar el castillo ó morir, y de un modo ó de otro, quiere ser fiel á su juramento.

—Y ¿no conoce que quien le ha tenido cercado cinco años, le tendrá seis, le tendrá veinte si necesario fuese?

—Ya lo sabe, señor.

—¿Y sigue decidida á resistir todo ese tiempo?

—Mientras le dure la vida, nadie señor, estad seguro, nadie domará su constancia.

—¡Oh! eso será segun y conforme: replicó el rey con enojo.

—Los hechos justificarán mis palabras; creedme.

—Bien, bien, retirate; y dí á Márcos Gutierrez que mi enojo toca en estremo: que será terrible el castigo de su obstinacion.

—Adios, señor: dijo Rui-Pero saliendo.

El rey no lo oyó ó por lo menos no quiso contestarle: quedóse un momento pensativo, diciendo á poco con cierto tono de afliccion:

—¡Digno de mejor suerte era el tal alcaide! ¡Con qué nobleza defiende lo que le confian! ¡Cuánta arrogancia despues de cinco años!...

Luego irguiéndose de pronto, dijo resvalando en sus labios una risa satánica:

—Tiempo llegará en que las privaciones te amansen, y entonces, ¡oh alcaide, alcaide! yo te haré ver que no se ofende impunemente al rey de Leon.

.....

Sucedianse los dias y con ellos las acometidas de los sitiadores. El rey Alfonso de vez en cuando volvia á anunciar su perdon y aun ofrecia algunas consideraciones: los del castillo seguian firmes, si bien no mandaban ya proyectil alguno sobre sus enemigos: «ó faltaban armas ó comenzaba el desaliento»: tal fué la interpretacion que los soldados del rey dieron á su inofensiva conducta.

Un dia llegó, que ninguno de los defensores apareció en las almenas; los del rey no sabiendo á que achacar esta circunstancia siguieron hostilizando como de costumbre; empero declinaba la tarde y seguia la ausencia de los sitiados.

Por un momento asaltó á don Alfonso la idea que habrian abandonado el castillo, favoreciendo la noche su fuga; pero pronto se persuadió que esta no era posible sin ser sentido de sus tropas, ó por lo menos sin haber dejado alguna huella que la patentizara.

No pudiendo alcanzar la razon de semejante ausencia mandó hacer uso de las escalas: veinte de sus mas atrevidos guerreros se prepararon á subir por ellas: era una operacion ya puesta otras veces por obra, pero bien cortándolas, ó bien con grandes piedras, los sitiados habian sabido rechazarlos y hacerles coger un miedo cerval que les ahuyentó de nuevas tentativas. Esta vez subieron y nadie vino á estorbarles la entrada en el castillo; circunstancia que no dejó de hacerseles sospechosa, temiendo se les tendiera un lazo. Tras de aquellos subieron otros varios, y ya reunidos comenzaron á recorrerlo todo. Ningun viviente les salia al paso; ningun eco humano contestaba á sus palabras; solo escuchaban con algun sobrecogimiento el ruido de sus pasos que retumbaban en las denegridas bóvedas; despues de esto un silencio sepulcral reinaba por do quier: ningun viviente debia morar en aquel recinto.

—¡Han huido! dijo uno, y ¡han huido! replicaron todos.

A este tiempo los clarines, atambores y añafles sonaron con estruendo. El rey llegaba á las puertas, y todos corrieron á tirar el puente para darle entrada, pero... ¡ah!... un espectáculo aterrador se presentó á su vista.

Un hombre como de cuarenta años, de fiero semblante y vestido de harapos, yacia sin ningun movimiento tendido á través de la puerta con un manajo de llaves en la mano. Su desencajado rostro; sus ojos vidriosos y fuera de las órbitas; sus labios flojos y descoloridos, todo indicaba en él la agonía, la proximidad de su fin.

—¿Quién sois? dijo maquinalmente uno de los soldados, pues que el pavor les embargaba hasta la respiracion.

Nada contestó aquel hombre, aunque en sus ojos brilló un rayo de vida acompañado de cierto gesto que indicaba despecho.

—¿Y vuestros compañeros? volvieron á preguntarle.

El mismo silencio: si bien esta vez dejó caer sus párpados y entre ellos asomó una lágrima; allí aun habia alma; no se habia extinguido la sensibilidad.

—El rey llega á la puerta, dejadnos paso.

Volvió el hombre á abrir sus ojos, pero nada dijo.

Aquella inamovilidad era horrible: los soldados miraban con emocion y estapor esta escena sin atreverse á dar un paso: pero sus compañeros aguardaban fuera, y era preciso abrir.

—Habrá que separarle, dijo uno, pues que él está visto que no puede.

—Pues separémosle, repuso otro.

—Cogerle los pies, que yo le alzaré de los brazos.

—¡Caramba, que está tieso como un muerto!

—Añade, siguió el primero que la carne no le estorba, porque solo le han quedado los huesos.

Asi diciendo, lo habian separado de la puerta al medio del bastion: cogieronle las llaves que oprimia su mano débilmente, y cayeron el puente que en breve dió paso al rey y alguna comitiva.

Grande fué el asombro de don Alfonso al saber la desguarnicion del castillo, y subió de punto cuando le dixeran el estado de aquel hombre que no era otro que Marcos Gutierrez.

—¡Oh constancia castellana! dijo el rey con vehemencia; te pareció corta tu defensa en vida, que muerto quisiste con tu cuerpo cerrarme el paso.... bien, bien, esa accion es noble y digna de premiarse.

Dicho esto, mandó llamar á un hebreo que era su médico: éste acudió y don Alfonso al verle exclamó:

—Samuel, reconoce á ese hombre, y vé si hay para su salvacion un remedio.

Samuel se arrodilló junto al moribundo: reconociólo atentamente, y á poco dijo dirigiéndose al rey:

—Este hombre se muere de.... hambre.

Un grito de asombro, una de esas exclamaciones involuntarias que nos arranca el estampido del trueno que retumba en la concavidad de una roca, ó la presencia de una fiera en un solitario monte, fue la contestacion que de aquella concurrencia recibieron las palabras del médico.

—¡De hambre!... murmuró el rey con espantados ojos. ¡Oh! entonces habrá remedio: Samuel, dijo dirigiéndose á éste, lo recomiendo á tu cuidado, quiero que á este hombre se le guarden las consideraciones de un príncipe, un valiente como él es una preciosa adquisicion.

—¡Nunca por lo que es el hombre, sino por lo que vale! murmuró el judío para sí, mientras don Alfonso decia á sus soldados:

—Nada de júbilo por nuestra quimérica victoria; triunfar de los muertos amengua, en vez de dar mérito á la empresa.

### III.

#### GENEROSIDAD.—CONCLUSION.

En una espaciosa cuadra del alcázar de Leon elegantemente ataviada, un mes despues de los sucesos que llevamos referidos, hallábanse reunidos los principales magnates de la corte, convocados allí por el mismo Alfonso VI.

Esperábase al rey, y esperábase conocer á Marcos Gutierrez que vuelto á la vida gracias al paternal cuidado que le consagrara el israelita Samuel, debia recibir aquel dia el galardón merecido por su constancia.

Los que habian sido testigos oculares de su desesperada resistencia, la narraban á su antojo y con los colores mas fantásticos que puede producir una imaginacion preocupada y calenturienta: estas narraciones se trasmitian de unos en otros con algunas adiciones; resultando de aqui que el alcaide no era ya considerado como un hombre, sino como un semidio; como un ente sobrenatural, cuya sola presencia infundia valor á los corazones mas tibios. Marcos Gutierrez (diríamos los positivistas del siglo del vapor), habia hecho furor: era el hombre interesante, el hombre de moda.

Bien ageno se hallaba el buen ex-alcaide de sospechar ser objeto de tantas ovaciones: hacia dias que sabia donde se hallaba y se conceptuaba prisionero: cuando en esta mañana le avisaron que iba á ser presentado al rey y á la grandeza, nada contestó pero se dijo interiormente: «Querán juzgarme» y sereno é impasible aguardó la hora señalada.

El ruido de los pasos de muchos pages y escuderos que seguian la galería hasta pararse á la puerta de su estancia, le avisaron que aquella era llegada y salió á su encuentro. Sus destrozados vestidos habian sido reemplazados por un decente traje de corte, sus cabellos y barba cortados con sencillo esmero, le quitaban el aspecto de fiera que tenia cuando atravesado en la puerta del castillo le encontraran moribundo y daban á su semblante cierto aliño que lo hacia simpático.

— Cuando entró donde el rey y la corte se hallaban, turbóse un tanto: mas dominada en breve su emoción, se adelantó á prosternarse de hinojos á los pies del rey: éste le hizo levantar diciéndole con la mayor benevolencia:

— No es de rodillas como debe hallarse un hombre de tu mérito: alza del suelo, honrado alcaide.

— ¡Ah señor! no me dé V. A. un nombre que ya no me pertenece.

— Alcaide serás, Márcos Gutierrez del castillo que mas te cuadre en mi reino: la Providencia me proporcionó la satisfaccion de poderte salvar; y hoy debo de hacer sus veces premiándote de un modo digno.

— Pluguiera á Dios que V. A. no me hallara con vida, dijo Márcos Gutierrez con voz sentida: yo agradezco la buena voluntad; pero fuera mejor que V. A. me dejara morir en el cumplimiento de mi deber.

— ¡Tu deber!.. repuso el rey: ¡Demasiado lo cumpliste! ¿qué mas pudiste hacer, desgraciado?

— Mis compañeros.... ¡murieron todos!...

— Demasiado lo sé: registrando el castillo, se hallaron en un pozo sus cadáveres.

— Según morían, por la sed de la fiebre.... ó por el hambre.... ¡Se les iba allí sepultando!...

— Sacrificio es ese, Márcos Gutierrez, que escede al de Numancia.

— Si, dijo éste: pero yo vivo, para la deshonra, para el oprobio.

— Vivirás, ya que Dios lo quiso, para ocupar el puesto que merece un cumplido caballero: tu valor me seria muy útil para la guerra; pero si esto no te es grato; dí lo que desees en mi reino: por elevado que sea el puesto que solicites te será concedido: habla, ¿qué te detiene?

— Señor, me confundís con vuestras palabras: No soy yo, no; el que por espacio de mas de cinco años hizo armas contra V. A. el que debe de recibir nada de vuestra mano. Nada os quiero: nada mas que la libertad os pido.

— ¡La libertad! ¿Acaso estás prisionero? ¿Acaso has creído que el rey de Leon te salvara de la muerte para martirizarte en vida?.... Mal me juzgaste, alcaide, yo sé muy bien premiar el valor: por eso deseo tu brazo.

— ¿Es decir que lo exijis?

— No lo exijo, sino que lo apetezco y si es preciso, lo ruego.

— ¡Mi vida es vuestra, señor, mandádmela arrancar si os place, pero no pretenda V. A. contarme en el número de sus soldados.

— ¡Por vida mia, Márcos Gutierrez, que tu conducta es incomprendible! ¿Con que nada quieres del rey de Leon?

— Ya lo ha oido V. A.: la libertad.

— Esa la tienes. ¿Nada mas desees? ¿Nada mas me pides?

— ¡Oh! sí señor; exclamó como recordando una cosa importante. os pido un favor inmenso.

— Veamos: aunque sin saberlo te lo concedo.

— Gracias, señor, gracias: quisiera.... es decir, si fuérais tan bueno, tan bondadoso, que me concediérais....

— Sigue: dí lo que apetezcas.

— Señor, un pergamino para don Diego donde explicando lo que hicimos, justifique que no la traicion ni la cobardía....

— Te comprendo, Márcos Gutierrez, pergamino te daré donde, como pueda, referiré tu constancia, y ademas, algun

caballero de los que tu defensa presenciaron, irán al Africa á narrarla á don Diego minuciosamente.

— ¿Al Africa?... ¿No está en Vizcaya mi señor?

— No: don Diego hace cuatro años que esta en Africa desterrado.

— ¡Desterrado!.... barbotó el alcaide con tristeza: ¡mal podía venir en nuestra ayuda..... luego volviéndose al rey dijo en tono de súplica:— Si V. A. me permitiera pasar al Africa...

— Eres libre para ir donde te plazca.

Volvióse el rey á los magnates que se hallaban llenos de asombro al escuchar á aquel hombre singular y les dijo:

— Muchos hay entre vosotros que pueden dar testimonio de la lealtad de este hombre: el que se halle dispuesto á servirle de padrino puede venir á su lado.

Varios se adelantaron hasta el alcaide: éste les dió gracias y volviéndose al rey dijo con emoción.

— Vuestra generosidad, señor, la llevaré eternamente grabada en mi corazón: siento que Castilla no pertenezca á V. A. para que relevado de mi juramento dispusiera como desea de mi brazo, porque mi honor no quedará sin mancha si no empleo los dias que me restan, en el bien y defensa de mi patria. . . . .

Márcos Gutierrez con sus padrinos partió al punto donde don Diego de Haro se hallaba.

Llegaron sin el menor accidente, y los padrinos fieles á su promesa hicieron una estensa relacion de la defensa del castillo y sacrificio de sus defensores: sacrificio tanto mas heroico, cuanto que morían persuadidos de que don Diego ya no existia, y el rey les ofrecia perdon si se entregaban.

El de Haro escuchó conmovido tan triste historia y dijo despues de un momento:

— Creo muy bien cuanto me decís, y que Márcos Gutierrez obró como honrado: pero yo queria ese castillo mas que cuanto poseo, y no podré conformarme con su pérdida.

Estas palabras lastimaron atrozmente al ex-alcaide, abriendo ancha herida en su corazón, porque en ellas, no veia mas que un epigrama lanzado con intencion de echarle en cara su perjurio, y se creyó en la obligacion de purgar su falta.

Vuelto á Leon, se vistió de burdo y negro sayal y se quitó el calzado, metióse en el sitio donde estaban los perros de caza del rey, y no quiso mas alimento que las sobras de lo que á estos echaban.

Tamaña novedad, no tardó en llegar á oídos del rey que maravillado de tal proceder vino donde se hallaba diciéndole con voz afectuosa:

— ¿Por qué esa vida Márcos Gutierrez? ¿qué delito cometiste para imponerte tal penitencia?

— Don Diego.... contestó aquel, ya lo sabreis por vuestros embajadores, mira con sentimiento la pérdida del castillo que me confiara....

— ¿Y qué? ¿no lo defendiste hasta lo sumo?

— Vuestra Alteza lo dice; pero él, me ve con vida y me cree perjuro: ¡oh! bien sabe Dios que me sentí morir cuando abandoné la muralla!

— Los que te vimos moribundo no te tendremos por perjuro ni mal caballero, Márcos Gutierrez: ven á nuestro lado y deja esa vida que tan mal mereces.

— ¡Señor! ¡señor! exclamó el alcaide; mi vida será auste-

ra cuanto es posible, mientras á los ojos de don Diego no sea lo que siempre fué: mientras no alcance mi rehabilitacion.

—¿Tu rehabilitacion?... ¡tu rehabilitacion! repitió el rey pasando su mano por entre los bucles de su larga cabellera, como buscando la solucion de un enigma: de pronto, exclamó.—Pues bien, la tendrás.

—Decidme como señor.

—Llevando á don Diego las llaves del castillo.

—¡Ah! pero eso... dijo Márcos Gutierrez con desaliento.

—Lo harás inmediatamente; replicó el rey decidido.

—¡Ah! añadió aquel con vehemencia, no haga V. A. por mí tal sacrificio: dejadme morir de dolor.

—Lo que he dicho se ha de hacer.

—¿Qué hice yo para merecer tanto favor?

—Dar ejemplo á cuantos vieron tu heroísmo, de como se cumple un juramento.

—¿Con qué podré yo pagaros...

—Con venirme á Leon y pelear á mi lado.

—Señor, es imposible: soy castellano y en mi estrechez, no debo ocultároslo, juré no volver á ejercitar mi brazo sino en defensa de mi patria, ya sabéis como cumpla mis juramentos: no obstante; si algun dia hiciese la suerte que vuestro hermano el rey de Castilla os declarase la guerra, jamás ¡os lo juro! jamás mi espada vendrá en contra de vuestra alteza.

—Eso me basta Márcos Gutierrez: voy á darte una cédula para que las llaves del castillo te se entreguen, y dirás de mi parte á don Diego «que me tenga por mal rey, si é llo tuviera en su poder mas de dos meses.»

El alcaide besó al rey las manos y partió á dar las llaves á don Diego.

Cuando éste se hubo enterado de la accion del alcaide y el desprendimiento del rey, exclamó:—¡Vive Dios, que corren parejas vuestra buenas obras! vos os dejais morir por mi servicio, y el rey pierde un famoso castillo por complaceros.... Pues no se dirá que un representante de la casa de Haro es menos generoso. Márcos Gutierrez, relevado quedais de vuestro juramento: llevad otra vez al rey de Leon esas llaves que no me pertenecen; que yo quedo sumamente satisfecho de vuestro celo y servicio. ....

Nada mas dicen nuestros historiadores de Márcos Gutierrez; el cual, pensando juiciosamente debemos creer, que entregadas las llaves al rey, se retiraria á Medina con su esposa é hijos á disfrutar los dulces goces del hogar doméstico.

Si este hombre hubiese vivido en la época de los Geriones y Osiris, le hubieran dedicado y levantado templos: vivió cuando una hazaña que le inmortaliza, se consideraba simplemente el cumplimiento de su deber, y moriría probablemente en la oscuridad, sin que en su lápida mortuoria se hiciera merito de tan noble abnegacion.

Sin embargo, el que obra bien, tarde ó temprano recibe su competente galardón: algunos historiadores que se han dedicado á desempolvar las glorias medinensas en cuyo número, aunque indignos, tenemos el honor de contarnos, han rendido el debido culto á su memoria poniendo su hazaña entre los hechos mas famosos de nuestros héroes.

Algun dia nos ocuparemos quizá, de los que en tan noble tarea nos precedieron: por hoy concluiremos con una

adicion respecto al rey Alfonso que podrá muy bien leerse como epilogo ó complemento de nuestra historia. ....

Su hermano mayor don Sancho, rey como dijimos de Castilla, aunque favorecido por su padre en el reparto del reino, ambicionaba la posesion no solo de lo que habia pertenecido á aquel, sino tambien Aragon y Navarra donde reinaban otros dos Sanchos primos suyos. Movi6 al efecto guerra con todos empezando por Navarra y Leon, logrando que el Cid despues de derrotado por don Alfonso cerca de Carrion, cayera de improviso sobre los soldados de éste, que rendidos y llenos de vino (segun dice Mariana), dormian sosegados sobre su triunfo, y les pusiera en desordenada fuga. Don Alfonso de vencedor que habia sido en la batalla troc6se en rey destronado por aquel golpe de mano; y para librarse de la perfidia de su hermano don Sancho, solicit6 la proteccion de Almenon, rey de Toledo, que le fué otorgada con la precisa condicion de no salir de la ciudad imperial por algun tiempo. Como nada deseaba tanto como estar fuera del alcance del rey de Castilla, admitió gustoso la oferta, y pronto tuvo ocasion de conocer su acierto, con la amistad que le dispens6 el monarca moro. Pas6 algunos años en Toledo, si bien con las consideraciones de príncipe, en realidad prisionero; pues sus goces se hallaban reducidos á algunos ratos de solaz que tenia con el rey, y las pláticas que á solas tenia con su fiel amigo el conde Pedro de Ansurez, sobre su perdido reino, alimentándose con la esperanza de volver á poseerle.

Don Sancho en el cerco que puso á Zamora, murió á manos del traidor Bellido Dolfos, y como no dejara hijos, fué don Alfonso llamado á sucederle.

Si no hubiera sufrido de la suerte los rigores, don Alfonso acostumbrado desde su niñez á la adulacion y al despotismo, hubiera sido un malvado; pero las desgracias labraron sus malos hábitos y le hicieron avisado y generoso: circunstancias, que no podian menos de labrar la felicidad del reino que la omnipotencia le reservara.

Hubo quien le acusara de tener parte en la muerte de su hermano, y en la iglesia de Santa Gadea en Burgos y luego otras dos veces, le hizo el Cid jurar no haber tenido parte en ella, echando muchas maldiciones sobre sí, si lo contrario fuese. Con esto fué alzado rey y Castilla pudo gloriarse con la serie de triunfos que ilustraron su largo y venturoso reinado.

Medina del Campo fué por algun tiempo córte de Alfonso VI, y por tanto contó en su vecindario al celebrado Cid, á Albár Fañez Ninaya, conde Lozano, y otros varios personajes de aquella época.

A Alfonso VI se debió la ampliacion de la villa al otro lado del Zapardiel, que es donde existe hoy la poblacion: se le debió un doble recinto de murallas que aun se conservan vestigios, y otras cosas dignas de memoria. No sabemos si á la admirable constancia de nuestro compatriota Gutierrez se deberia esta prueba de afecto del rey. Muchas veces hemos oido decir que pequeñas causas han producido grandes efectos.

SATURNINO GONZALEZ Y REGUERA.





TOMO XII.

Los sapos amigos del hombre ingrato.

24

### LOS SAPOS AMIGOS DEL HOMBRE INGRATO.

Eres joven, hermano mio, y tienes confianza en la vida. Prepárate, sin embargo, á la injusticia. Por ejemplo, no procures dejar este agujero húmedo para ir á jugar entre las aves que se pasean allá abajo sobre el estanque. El hombre considera estas aves bonitas, y á nosotros horribles. Este es el nombre que me da, sapo de los bosques: (*horridus*). Desconoce que tienen nuestros ojos un iris de color de oro, rodeado de una pupila negra, tan brillante y tan pura. Además nos supone venenosos y maléficos, lo cual es un error cruel. Ese fluido espumoso que arroja nuestro cuerpo es nuestra única defensa contra nuestros enemigos. Mas inocente que las armas humanas, rechaza sin he-

rirlos á los que nos atacan. El hombre nos calumnia; nos supone amigos del diablo, y hemos perecido á millares en los filtros de los hechiceros. Teme, pues, á los hombres, hermano mio. Cuando tus hijos estén fuera de los glóbulos negros: cuando hayan atravesado la serie de sus metamorfosis, y hayan ensayado sus jóvenes fuerzas á la entrada del otoño, recomiéndales que huyan de los hombres, para que no los aplasten si los ven. Cuando tú mismo llares á tu madre, á la caída de la tarde, no elevés mucho tu voz dulce y melancólica, porque si descubre tu humildé retiro serás terminado con tu familia.

Y sin embargo, si los hombres no fuesen ingratos, seríamos los huéspedes familiares de sus moradas. Los sabios que nos aman, nos domestican á tal punto, que nos dejamos coger y llevar á sus habitaciones para pescar las moscas contra la pared.

Nosotros somos los verdaderos amigos del hombre.

## GLORIAS DE ESPAÑA.

### LA BATALLA DE DAROCA.

I.

Mientras que el rey don Jaime el Conquistador no perdió de vista los castillos y ciudades de que se había hecho dueño en los antiguos reinos de Valencia y Aragón, los infieles á quienes imponía el prestigio de aquel célebre guerrero y á quienes tenían á raya sus huestes victoriosas, se mantuvieron quietos y acobardados; mas apenas el rey don Jaime hubo de abandonar sus nuevos dominios para acudir á otros asuntos que llamaban su atención en Mompeller, los enemigos del nombre cristiano manifestaron de que mala gana sufrían el yugo impuesto por los vencedores y trataron de sacudirle contando con el auxilio de los pueblos no conquistados.

Al primer rumor de guerra, Berenguer Entenza que había quedado por lugarteniente de don Jaime y que tenía el mando de todas las tropas, envió exploradores para hacerse cargo de los intentos del enemigo; pero bien pronto volvieron consternados, y Guillen Aguillon que los mandaba, presentándose á Berenguer, le dijo:

—Los enemigos han traspasado la frontera y bien pronto todo el país arderá en guerra. Ya los primeros pueblos, sorprendidos de improviso, han caído en poder de los infieles, y en breve, si no rechazamos la fuerza con la fuerza, llegarán hasta nuestros últimos acantonamientos.

—Antes hemos de perecer todos, exclamó Berenguer, cuyo noble orgullo estaba resentido, al considerar que los moros le tenían tan en poco que se habían apresurado á romper las hostilidades, apenas el rey conquistador había desaparecido del territorio.

Pocos instantes despues ya estaba dada la orden de la

partida, y al siguiente día los tercios de Daroca, de Teruel y Calatayud, mandados por Berenguer, Guillen Aguillon con otros cuatro acreditados capitanes, marcharon en buen orden en busca del enemigo. No esquivaba este, por cierto, el combate, sino que cual devastador torrente se venía internando por las tierras de cristianos, haciendo en ellas todo el daño posible; pero el deseo de conservar el rico botín que los moros habían hecho ó la noticia que tuvieron de la escogida hueste que contra ellos venía, les hizo al fin replegarse, repasar la frontera y prepararse á la batalla en sitio que les fuese favorable. Fueron á su vez los cristianos los invasores, y dirigiéndose hácia Játiva, tomaron el pueblo hoy llamado Rebolledo.

Ofrecióse despues á su vista y en terreno mas quebrado el castillo de Chio en una ventajosa posición á la entrada de un fresco y dilatado valle, pero no tuvieron tiempo de conquistarle, precisados como se vieron á hacer frente á todo el ejército de los moros, fuerte de veinte mil hombres, que venía presuroso al socorro de los sitiados, que con grandes ahumadas habían hecho señal del apuro en que se hallaban. Avistada ya la morisma, los soldados cristianos, que no esperaban tantos enemigos y que eran muy inferiores en número, establecieron su campo en las posiciones de Puig del Codol, resueltos cuando menos á vender bien caras sus vidas en la desigual pelea, y preparándose ambas huestes con ardor para la batalla que había de darse el día siguiente.

II.

Entre los desmoronados murallones de un vetusto edificio que se elevaba sobre un montecillo entre el campamento y el castillo de Chio, distinguíase, cuando aun relumbraban algunas estrellas en el cielo, el incierto resplandor de algunos cirios que iluminaban el interior de aquellas ruinas.

Habiase dispuesto allí un altar portátil, y mosen Mateo Martínez, que era el sacerdote de la expedición, se preparaba á celebrar el santo sacrificio de la Misa, al que al romper la aurora, habian determinado asistir los seis principales gefes del ejército. Comparecieron estos en breve, animados de aquel sentimiento religioso que era todo el secreto de su serenidad é intrepidez en las batallas.

Empezó la sagrada ceremonia á la que los gefes prestaron atención, puestos de rodillas y con las espadas á su lado, tendidas sobre las losas del pavimento. Habian de recibir aquellos piadosos guerreros el pan de los ángeles, que podia muy bien servirles de Viático, atendido el trance mortal que se preparaba, y ya el venerable sacerdote habia proferido las santas palabras de la consagración, cuando en medio del silencio profundo que por todas partes reinaba, se percibió un confuso rumor lejano é imponente. Miráronse con inquietud los capitanes, pero no se movieron hasta que se sintieron pasos precipitados á la puerta de la capilla y en ella retumbó lugubre y penetrante el grito de: ¡A las armas!

No habia que titubear: los gefes se lanzaron precipitadamente fuera de aquel recinto, y lo primero que se ofreció á su vista fué la campiña cubierta de blancos turbantes, y los ginetes enemigos que ya arrollaban con extraordinario ímpetu los puestos mas avanzados del ejército.

—Seguidme, valientes, gritó enérgicamente don Guillen á sus soldados, que ya en buen orden impacientes le esperaban, y se arrojó á contener al enemigo. Los otros capitanes tiraron tambien de las espadas y volaron á sus puestos. Solo quedó el sacerdote en el interior de la capilla: comprendió que á él solo le tocaba rogar á Dios y se postró ante el altar; pero en aquellos críticos momentos no podia recoger su imaginación. El ruido se venia acercando, el desórden iba en aumento, y ya se percibian distintamente á la entrada de la improvisada capilla el choque de las armas y los alaridos de los combatientes.

El buen sacerdote, poseido de terror y temiendo alguna profanación, consumió su hostia y envolviendo precipitadamente las otras en los corporales, sin saber que hacer, ni donde ponerlas, las colocó al fin debajo de unas piedras, y salió con vacilantes pasos de la capilla, huyendo de aquellas escenas de muerte y desolación.

### III.

Cuando los sorprendidos cristianos, que ya empezaban á replegarse hácia la capilla, vieron á sus gefes que corrian animosos á ponerse á su frente, cuando los escucharon que con voz robusta los animaban al combate, se rehicieron sin tardanza y resistieron el fogoso ataque de los contrarios, ó mas bien la lucha cuerpo á cuerpo, pues se habian venido tan encima que ya eran inútiles las flechas y armas arrojadas. Esta lucha fué sangrienta, sin que se oyese mas que el golpear de las espadas entre los confusos gritos y los lastimeros ayes de los heridos; pero el resultado fué ventajoso para los cristianos, puesto que los infieles empezaron á ceder, y los que no quedaron tendidos en el campo, huyeron con la misma precipitación que habian traído, desesperanzados ya, no solo de lograr el triunfo con que prematuramente se habian envanecido, sino de prestar el menor auxilio á los que tan apurados se encontraban en el casti-

llo de Chio, cuya rendición podia mirarse ya como segura.

Apenas los soldados de don Jaime volvieron á dejar sus armas triunfadoras, el primer cuidado de los gefes y adalides del ejército, fué concurrir á la capilla para tributar fervorosas gracias al Dios de las batallas, por el buen resultado de la que acababa de darse. Entonces acudió tambien el preste mosen Mateo Martínez, pero ¡cuál no fué la sorpresa del buen sacerdote, cuando al descubrir las sagradas formas las halló intactas, si; pero pegadas al lienzo de los corporales, humedecido con la sangre que de ellas brotaba! Semejante prodigio que puso de manifiesto á los gefes, los penetró de los mayores sentimientos de admiración, de amor y gratitud, y en breve todas las tropas concurrieron á prosternarse delante de aquellas santas hostias, que se atrevian á considerar con el mas profundo respeto. Grato era para aquellos guerreros, siempre animados por el sentimiento religioso, el considerar que Dios estaba allí con ellos, y de todo se sentian capaces, viéndose favorecidos con un indicio tan señalado de la protección del cielo. Dirigian sus miradas amenazadoras al castillo de Chio, y al ver sus almenas coronadas por bárbaros enemigos en insultante actitud, sentian aumentarse su entusiasmo belicoso, y antes que los gefes diesen la orden, y antes que las tropas hubiesen podido descansar del pasado combate, una estraña agitación comenzó á reinar, y en breve se escucharon por todo el campo los gritos enérgicos de

—¡Al asalto! ¡Al asalto!

### IV.

Perdida tenian los defensores del castillo toda esperanza de socorro, y sin embargo, en todo pensaban menos en entregarse á discreción. Ni siquiera quisieron escuchar al mensajero que les llevaba proposiciones de paz, y á flechazos prontamente le alejaron de los muros. Armados de pies á cabeza y con el valor de la desesperación, estaban sobre la muralla esperando el ataque, y bien decididos á vender sus vidas todo lo mas caras que pudiesen.

El castillo de Chio no era una fortaleza que hubiese podido resistir á las máquinas de guerra que en aquella época se usaban en vez de la artillería; pero los sitiadores carecian absolutamente de ellas, teniendo el triunfo que depender tan solo del valor individual, lo que daba mas importancia á la plaza sitiada, y hacia mas difícil su conquista; pero los intrépidos cristianos no estaban para hacer estas reflexiones, y dada la señal del asalto, se lanzaron á él animosamente. Una seccion de honderos y de flecheros, puesta sobre la mas inmediata eminencia, procuraba ofender á los moros que coronaban la muralla, facilitando de este modo el que sus compañeros se aproximasen á ella, como en efecto lo hicieron aplicando las escalas. Mas los primeros que osaron trepar por ellas bajaron rodando, aplastados con los enormes pedazos de roca que los moros arrojaban. Tenian hacinada gran cantidad de piedras sobre la plataforma, y era aterrador el ruido que en los escudos producía aquella continua granizada. Semejante espectáculo lejos de asustar, enardeció mas á los intrépidos sitiadores, que asaltando por todas partes la muralla, dividieron la atención y la fuerza de los infieles. Sucedió como en todos los asaltos, que perecieron los primeros y los segundos; pero una vez puesto el pie sobre la plataforma, los soldados de don Jaime se hi-

cieron bien pronto dueños de ella, y después de una refriega en que perecieron los musulmanes más fanáticos y tenaces, el resto de la guarnición quedó prisionera y en la fortaleza enarbolado el estandarte de Aragón, hasta que al retirarse los conquistadores, la dejaron desmantelada por la imposibilidad que había de defenderla.

El regreso del ejército vencedor fué una verdadera marcha triunfal, saliendo las poblaciones en masa á contemplarle y adorar el sagrado depósito, que custodiado en una caja de plata con gran reverencia en el centro de la hueste se llevaba. Las tres ciudades á que los tres tercios pertenecían, se disputaron con tal ardor la posesión de aquellas santas formas, que fue menester acudir á que la suerte decidiese aquella piadosa competencia, y por tres veces tocaron á Daroca los santos corporales. En esta ciudad se conservan todavía en la suntuosa capilla que en la colegiata

mandó construir al intento el rey don Fernando el Católico.

Hay un día solemne en el año (el del Corpus), en el que la Iglesia, desplegando la pompa más augusta, quiere manifestar al divino Salvador de los hombres su gratitud por la institución del inefable sacramento de la Eucaristía, y en este día solemne, que lo es también de devota peregrinación para todo el pueblo aragonés heredero de la fe de sus mayores, la muchedumbre no puede tener cabida en el ámbito del templo, y los Santos Corporales, custodiados en el relicario de oro debido á la munificencia del mismo católico monarca, son trasladados á una capillita hecha al intento en lo alto de la muralla de Daroca, y allí entre nubes de incienso y cánticos de júbilo, se ostentan radiantes, y se esponen á la adoración del inmenso pueblo que agradecido los contempla.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

## ESTUDIOS LITERARIOS.

### CELOS INFUNDADOS.

#### CAPITULO PRIMERO.

DE COMO ES NECESARIO MIRAR Á TODOS LADOS ANTES DE DAR UN BESO....

El 8 de abril de 1620 fué un día de júbilo para los habitantes de Madrid. En ocasión del cumpleaños del monarca Felipe IV, se habían erigido arcos triunfales en los sitios más públicos de la coronada capital, y la grandeza de España desplegó en tan solemne día la pompa que naturalmente exige un aniversario de esta clase.

Los árboles del Buen Retiro aparecieron aquel día guardados de infinitos farolillos de colores, formando figuras y caprichos extraños que solo tendrían su cabal lucimiento cuando se llevara á cabo la iluminación.

Habiase levantado sobre las aguas del estanque un magnífico teatro, donde se representaba aquella misma noche una loa compuesta por el inmortal Calderon de la Barca, y á cuya representación asistirían todos los nobles de Castilla.

Pero aun no era llegada la noche. A las nueve de la mañana se hallaba el rey celebrando en su despacho una secreta conferencia con el Conde-Duque, conferencia que tenía por objeto cortar de raíz las frecuentes tentativas de los portugueses para emanciparse del dominio español. Mientras que Felipe hablaba con Olivares, la reina Isabel esperaba á su marido en su real cámara dando señales de la mayor impaciencia.

En uno de los salones de tránsito del régio alcázar; se ve sentada á una señora, que frisa en los veinte y cinco. Sobre su hermoso rostro se ve impresa la huella del dolor. El magnífico traje de córte que graciosamente ciñe á su cuerpo, revela desde luego que se halla preparada á formar parte del pomposo cortejo que ha de felicitar al soberano, pero

la melancólica actitud en que hace largo tiempo permanece, y su aislamiento en aquel salón, dice que á la sazón encamina su pensamiento hácia la causa de sus hondos pesares.... Sin embargo, no ha recurrido todavía á ese desahogo tan propio en todas las de su sexo; ni una perla se ha determinado á empañar imprudentemente el carmin natural de su preciosa megilla; y no se crea por esto que doña Inés es menos sensible que las mugeres que lloran.

Del profundo letargo en que yacía vino á sacarla la inesperada presencia de su esposo. Este se llamaba don Juan, y era comendador; personaje de gran crédito por los servicios que había prestado á su patria durante el reinado de Felipe III, mayormente habiendo sido muy osado en las lides, y sesudo en los consejos de la corona. Hombre de sesenta años bien cumplidos, conservaba todavía aquella robustez de las naturalezas que no se gastan en medio del excesivo regalo. Morigerado en sus costumbres, de un carácter dado al régimen, de índole severa, esclavo de su palabra, mirando la lealtad como el principal adorno que enaltece al caballero, jamás tuvo que reconvenirse de ninguna cosa que hiciera traición á la nobleza de sus principios. Grave en la fisonomía, magestuoso en el andar, y aunque profuso en la cortesía, nunca bajo en las demostraciones, para no adquirir la tacha de lisongero. La sonrisa no pudo nunca ser compañera de su gesticulación, y por eso la omitía. Su blancura aristocrática armonizaba con la nieve de su cabello, y con la del poblado mostacho que daba á su semblante aquel aire marcial que impone cuando se le observa. Don Juan de Mendoza era el tipo del caballero perfecto.

—Guárdeos el cielo, doña Inés, dijo el comendador saludando muy cortesmente á su esposa.

Doña Inés se incorporó, procuró disimular la sorpresa, é inclinándose ligeramente correspondió á la atención de su marido con una graciosa sonrisa que más tenía de obligatoria que de natural y espontánea. Don Juan la estuvo mirando algún tiempo en silencio; después lanzando un suspiro oprimió fuertemente el ala del sombrero que llevaba en la mano, y dijo resueltamente,

—¡Tengo que hablaros!

—Decidme lo que queráis, respondió Ines dando un gracioso giro sobre el sillón en que estaba y apoyando su cuerpo en uno de los brazos del sillón.

Dan Juan se volvió, arrojó desdeñosamente el sombrero encima de una banqueta, arrastró una silla, la situó al lado de su muger, y se sentó pausadamente. Todo esto lo estuvo observando doña Inés con escesiva tranquilidad.

—Ya os escucho, dijo la esposa.

—Voy á empezar, respondió el comendador, acomodando fuera de la silla su larga espada.

—Señora, añadió, quiero preveniros ante todas cosas, que habeis de responderme con mucha franqueza.

—Jamás he faltado á ella.

—Pues bien, decidme, con sinceridad el origen de vuestra tristeza; ¿quién motiva el consecuente aislamiento que os imponéis? ¿Por qué huís de mí? ¿Por qué huís de la reina? ¿por qué?...

—Basta, don Juan, no aglomereis las preguntas, porque puedo no ser exacta en las respuestas. Quiero contestar á ellas una por una. El origen de mi tristeza, no intento negaros que estoy triste, debeis saberlo. Hace algun tiempo que impetré de vos la protección para un hermano mio, que huye y se oculta en tierras lejanas, para no ser víctima de la mas obstinada persecucion. Me aislo para pensar en su desgracia; en cuanto á huir de vos, os equivocais; circunstancias imprevistas me separan de vuestro lado en ocasiones particulares, que yo nunca solicito. Huyó, sí, de la reina, porque es muy celosa; porque tiene un carácter arrebatado y déspota, que no se aviene con mis ideas... Me parece haberos contestado.

—Señora, repuso el comendador. La inflexibilidad de mi carácter me presenta á vuestros ojos como á un esposo tirano. Nadie mas indulgente que yo con el agravio hecho á mi persona; pero la patria exige otros deberes. Un traidor no puede hacerse acreedor á mi apoyo para que sea perdonado. Vuestro hermano, á quien no conozco personalmente, adulando las pretensiones del de Braganza, levantó en Portugal el estandarte de la rebelion. No ignorais las consecuencia de este arrebato; triunfó nuestro monarca, y puso á precio la cabeza del motor de semejantes trastornos. Huyó vuestro hermano, nada mas natural; ¡corta espacion seguramente para tamaño crimen!...

—Luego, vos no le disculpais? interrumpió doña Ines.

—Estraño mucho que conociéndome me hagais una pregunta tan ociosa.

Con efecto, don Juna era uno de esos caracteres inflexibles que no transigen con la perfidia. Vástago de una ilustre familia, celeso como quien mas de la honra de su casa, habia querido conservar intacto el brillo de sus antepasados. En otras ocasiones, habia recurrido doña Inés, para salvar á su hermano, al ruego, al halago, y últimamente á la reconvenccion; pero don Juan no era hombre que hacia traicion á los deberes de su conciencia. Implorar al rey que perdonase á un traidor, era para él, lo mismo que decir, yo no soy leal. Ademas, el fugitivo pertenecia á su familia, y era, segun sentir del comendador, un miembro rebelde, que se debia segregar del catálogo numeroso de sus preclaros ascendientes.

—Me habeis dicho tambien, añadió el comendador, que huís de la reina, porque es celosa. A vos, su preferida cama-

dera, os toca mejor que á nadie, disipar los errores que alimenta acerca de su esposo; y ya que sus repetidas quejas tengan algun fundamento, debeis consolarla, persuadirla, para que sienta menos las infidelidades de su régio consorte. Yo por mi parte, lejos de adular, como hacen otros, los errores de mi soberano, los vitupero, y los denuesto con entera libertad en su real presencia, y aun en la de sus mas adictos cortesanos. El Conde-Duque me odia; pero yo le compadezco; quiere perderme; pero no encuentra un pretesto laudable para verificar su mal propósito.... su poder es nulo cuando pretende emplearlo contra mí.

En uno de los relojes del salon en que se hallaban estos dos personajes sonaron las nueve y media, y don Juan se levantó, y cogiendo el sombrero de la banqueta donde le habia depositado poco antes, se dispuso á partir diciendo:

—Hoy, ya lo sabeis, se solemniza el cumpleaños de S. M. asistiendo á los jardines de este alcázar, donde al compás de varias orquestas, pasará la corte, aspirando el perfumado ambiente que exhala el delisioso vergel. S. M. se ha servido comisionarme para que cuide del orden y compostura que exige la etiqueta de palacio. Se acerca la hora del paseo, y voy á disponer lo conveniente para el efecto. Espero hallaros á mi regreso mas amena y complaciente, á fin de que vuestros atractivos, denoten con su alegría que vuestro esposo es á vuestro lado completamente feliz.

Hizo un respetuoso saludo y se retiró, dejando á su muger con el mismo ademan de abatimiento en que antes la habia encontrado. Una muger hermosa y jóven, y cercada de atentos admiradores, viendo que tiene mas influencia con los estraños que con su propio marido se cree naturalmente rebajada, y le mira con cierta prevencion y la consecuencia mas inmediata es el despego, aquella frialdad que inspira el descontento, mayormente cuando se presiente una desgracia que no está en nuestra mano evitar. Abismada doña Inés en un cúmulo de reflexiones, se encontraba en aquel estado de incertidumbre, que va poco á poco aproximándose á la desesperacion. ¿En quién pensaba?

Por una de las puertas de aquel salon, que prestaban salida á las galerías del alcázar, entró un arrogante mancebo en traje de etiqueta. Su aire distinguido, su ademan franco y resuelto, y la alegre viveza de su semblante, evidenciaban, no solo el preclaro origen de su cuna, sino tambien su decision en cualquier circunstancia arriesgada. Recorrió con la vista el salón, vió por la espalda á doña Inés, y se dirigió hácia ella con el natural apresuramiento que le aconsejaba su índole despreocupada é indagadora. Incorporóse un tanto doña Inés, y al mirar al jóven que se le acercaba, no pudo evitar cierta exclamacion de sorpresa.

—¡Fernando! dijo poniéndose de pie.

—¡Hermana mia! respondió el jóven precipitándose en sus brazos. Luego que se hubieron disipado las naturales emociones de aquella inesperada entrevista, el sentimiento de la fraternidad, dió lugar al temor y al sobresalto.

—Huye, Fernando; huye ó eres perdido, exclamó doña Inés llena de agitacion.

—¿Y por qué? preguntó Fernando.

—El comendador no ha querido mostrarse propicio á mi solicitud; no te perdona, ni quiere que S. M. te perdone.

—Nada temas, querida hermana. Desde que pisé los dominios españoles, no abrigó aquel siniestro presentimiento

que me conducía á la desgracia. Este cielo brillante ha disipado la horrible tiniebla que ennegrecía mi porvenir; la alegría reina en mi corazón; nada temo; camino al templo de la dicha por una senda sembrada de flores....

—¿Y en qué fundas tu lisonjero vaticinio, desgraciado? preguntó doña Inés con amargura.

Fernando sacó un papel del bolsillo, y añadió:

—¿Ves esta carta? En ella me recomienda desde Portugal el almirante de Castilla.

—¿Y á quién te recomienda?

—A tu mismo esposo.

—¡No se la presentes! interrumpió asustada doña Inés, Tú no conoces la inflexibilidad del comendador. Lo mismo sea leer tu nombre, te mandará prender y te presentará ufano y orgulloso á S. M.

—Todo se ha previsto. El almirante de Castilla no ignora la severidad de tu esposo, y por lo tanto, me presento á él con nombre supuesto, solicitando pertenecer á cualquiera de los cuerpos militares que partan á la guerra de Holanda, y luego que mis servicios me den una celebridad, pediré como recompensa el olvido de mi pasado error...

—Pero entretanto, pueden conocerte.

—No es probable. Cuando salí de España era bastante niño. América y Portugal han conocido mi primera juventud; las desgracias me han variado, y además en esas regiones fui mas conocido de nombre que personalmente. Repito que nada temas. Abrázame y confía en el cielo que echa sobre ambos su santa bendición.

Los dos hermanos se abrazaron con tiernísima efusión; Fernando estampó en la frente de su hermana un beso, á cuyo tiempo apareció el Conde-Duque de Olivares. Paróse, los hermanos se desprendieron, y al girar hácia otro lado, observaron con pavor la mirada sarcástica y satisfactoria del ministro, el cual dijo al notar la sorpresa aterradora de los afectuosos mancebos:

—Nada he visto.

## CAPITULO SEGUNDO.

DE COMO ANTES DE PREGUNTAR ES PRECISO VER A QUIEN SE PREGUNTA.

—¡Somos perdidos! dijo doña Inés entre dientes.

—¿Quién es este hombre? preguntó Fernando por lo bajo.

—El ministro del rey... ¡el Conde-Duque!

Y éste se iba acercando pausadamente, mirando con sonrisa maligna, ora á doña Inés, ora á Fernando. Saludó cortesmente á la dama, luego á Fernando, y sin apartar de sus labios aquella insultante sonrisa, dijo á doña Inés.

—Señora, la sorpresa, ese infundado temor que os agita, da nuevos atractivos á vuestra rara belleza. Si no fuera porque deduzco que padecéis en este momento, me atrevería á desear sorprenderos muchas veces en igual situación.

—¡Caballero! exclamó Inés reponiéndose.

—Os aseguro, añadió el Conde-duque, que lo mismo que ahora, sería siempre; prudente y reservado.

—Señor ministro, interrumpió Fernando con un tanto de

aspereza; os suplico que jamás pongais en duda el honor de esta señora.

—Nada de eso, amigo mio, respondió Olivares con risa forzada; las apariencias no revelan mas que un hecho inocente; todo ello lo conceptúo como un prelude, harto pueril para tomarle en cuenta.

Fernando quiso responder, pero Inés le interrumpió preveyendo en la disimulada exasperación de su hermano, que sería capaz, por dejar á cubierto la honra de su hermana, de delatarse á sí propio.

—Señor ministro, dijo doña Inés con aparente resignación; las apariencias me ponen á vuestros ojos bajo una posición poco grata á la consideración que merece una muger recatada y pura... Pero puedo juraros que á nadie ofendo.

—Tampoco lo dudo, prosiguió el Conde-Duque sin dejar de sonreír; no cabe ofensa alguna... Pero es ociosa la disculpa despues de haberos manifestado que nada habia visto.

Fernando se exasperó hasta lo infinito y exclamó de pronto:

—¿Y qué importa que hayais visto?

—Impetuoso mancebo, dijo Olivares dirigiéndose á Fernando, moderad esa especie de arrebató que tan mal se aviene con la dulzura de las costumbres palaciegas. Aquí se hiere al enemigo con la sonrisa en los labios; y cuando queráis tener la seguridad de la muerte de vuestro contrario, envenenad la punta del dardo... Si, no os asustéis; en la córte jugamos todos con armas prohibidas.

Don Juan entró en este momento, y el Conde-Duque se aproximó á Fernando y le dijo por lo bajo:

—Ahora debéis moderaros mas que nunca. No os apartéis de mi lado y os daré lecciones muy provechosas para el arte de la intriga.

El comendador saludó cumplidamente á las tres personas que halló en el salon, y dirigiendo la palabra á su esposa, le dijo:

—Prometí volver muy pronto, y he cumplido mi palabra. Los frondosos paseos de los jardines están doblemente engalanados con la presencia de las ilustres personas que por ellos transitan; pero todos generalmente notan vuestra falta.

—No direis, señora, que vuestro esposo no es galante, dijo á Inés el Conde-Duque.

—Debeis considerar, interrumpió la esposa, que prendas muy recomendables debió tener el comendador para hacerse dueño de mi mano, y para respetarle de la manera que le respeto.

—Gracias, esposa mia, contestó don Juan inclinándose.

Doña Inés, se hallaba en una de las situaciones mas embarazosas del mundo. Miraba por un lado la severidad de su esposo; veía por otro la altivez de Fernando, y observaba por último la sagacidad vindicativa y mal intencionada del Conde-Duque. Veía la necesidad de impedir una sospecha y procuró hablar ella sola para dar un giro distinto á la conversacion; pero Fernando se interpuso al pensamiento de su hermana, entregando un papel á don Juan y diciéndole al mismo tiempo:

—Tengo un gusto especial, en poner en vuestras manos, esta carta que para vos me entregó el almirante de Castilla.

El comendador asió la carta inclinándose; el Conde-Du-

que miró á todos con asombrosa malignidad, y doña Inés tembló de nuevo. Mientras tanto el comendador leía la misiva con extraordinaria tranquilidad. Despues de una escena muda, durante la cual, todos se observaban mutuamente, dejó de leer don Juan, y dando la mano á Fernando, dijo:

—Pláceme haberos conocido; haré por vos todo cuanto me encarga el almirante.

Luego, dirigiéndose á su muger, añadió:

—Recibid en vuestra gracia á este caballero, vástago de una de las mas ilustres familias de Flandes.

La esposa del comendador hizo una cortesía de sentimiento y parabien. Olivares proseguia mirando á Inés con disimulada malignidad, y el comendador añadió dirigiéndose al duque:

—Creo inútil recomendaros á este caballero, pues supongo le conoceriais antes que yo cuando con vos estaba hablando.

—No por cierto, amigo mio, repuso al instante el Conde-Duque. Cuando yo entré, este jóven....

Inés y Fernando miraron al Conde-Duque con mal reprimida agitacion; Olivares, fingió un golpe de tos, y dijo en seguida:

—Cuando yo entre en este salon, éste jóven.... daba evidentes señales de conocer.... á otras personas antes que á mi.

—Con efecto, interrumpió Inés; hablaba conmigo; le dijeron que era yo la esposa del comendador, y me anunciaba que traia una carta para vos, procedente del almirante de Castilla.

—Ciertamente, añadió Fernando; eso era lo que estaba diciendo en el instante de entrar el ministro.

—Pero nunca dejó de ser, interrumpió el Conde-Duque, una aparicion inoportuna la mia.

—¿Por qué? preguntó con ansia don Juan.

—Porque yo no debí pasar por estos salones, debí emprender el camino mas corto para llegar á los jardines.

—A propósito de los jardines, interrumpió el comendador; es llegada la hora del paseo, y espero, que doña Inés me acompañe.

Y en tanto que el matrimonio se cogia del brazo, dijo á Fernando:

—Si este caballero se sirve favorecernos....

—Pronto bajaré, replicó el jóven; tengo que hablar con su excelencia el ministro.

—¿Traeis para mí tambien alguna carta de recomendacion?

—No; pero es de mi deber tener con el ministro del rey una conferencia.

—Os escucharé.

El comendador y su esposa se alejaron haciendo una cortesía. ¡Cuánto debió sentir Inés, que el ministro y su hermano se quedaran solos! Todo lo debía temer del pundonor de Fernando; todo lo debía sospechar del rencor del Conde-duque. Este habia declarado á Inés la guerra mas encarnizada. ¿Por qué razon? El Conde-Duque habia requerido de amores á la muger del comendador, y ésta le habia despreciado, despues de haber escuchado indignada su imprudente declaracion.

Por fin quedaron solos el ministro, y el misterioso mancebo.

—Señor ministro, dijo Fernando con vehemencia, os ruego que en adelante respeteis á esa señora, que es tan pura como los ángeles del cielo.

El Conde-Duque se puso el sombrero, y comenzó á dar fuertes risoladas, á la vez que decia:

—Dudo bastante que la pureza, pueda mantenerse ilesa mucho tiempo en la presencia de un jóven como vos.

—Esa galanteria, lejos de lisonjearme me ofende.

—Con mucha arrogancia me hablais, mancebo.

—Con la que debo; con la que de derecho me pertenece.

—Hasta ahora no sé quien sois.

—Ni os importa saberlo.

—Tal vez sí, decidme al menos de quien procedeis.

—¿De quién procedo?... De un príncipe.

El Conde-Duque le miró con mas fijeza, y á Fernando le pareció oportuno alejarse en aquel momento dejando al Conde-Duque vacilante y dudoso. Fernando hizo una gran reverencia y Olivares saludó á su vez, y quedó mirando fijamente el parage por donde Fernando habia salido.

—

Felipe IV está en su régio aposento colocándose las últimas insignias de su traje de etiqueta. La persona que le está ayudando á vestir le ha dicho:

—Tres veces han venido á preguntar por V. M. de orden de mi soberana.

—Estará impaciente, ha respondido el rey.

Dirigiéndose despues la vista hácia una mesa, ha preguntado:

—¿De quién es esa carta que veo encima de esa mesa?

—Para entregarla á V. M., la han traído de parte de doña Inés, la esposa del comendador:

Felipe cogió la carta con prontitud y leyó en silencio lo siguiente:

«Estoy en uno de los mayores conflictos de mi vida; solo el rey puede salvarme, y para ello necesito un cuarto de hora de audiencia en el segundo salon de la galeria de la izquierda.»

»Es y será su mas humilde y leal servidora.»

INES DE MENDOZA.

El rey guardó la carta, y pensó:

—Pasaré á verla en cuanto me acabe de vestir.

Llamaron á la puerta... entró un ugiere, y dijo en alta voz:

—S. M. la reina está impaciente, y espera á su real esposo en su tocador.

—Voy al momento, dijo Felipe arreglándose el mostacho al espejo..

Y añadió entredientes:

—Antes quiero ver á doña Inés.

.....  
.....  
Pero la reina está devorada por la impaciencia, y ha salido apresuradamente de su tocador para buscar á su marido. Mas no le halló en ningun lado.

(Se continuará).

### PRENDAS MORALES DE ABD-EL-KADER.

En la larga lucha que ha sostenido con los franceses, este hombre ha demostrado cumplidamente su genio. El título que le han querido dar de aventurero, no es merecido. Exis-

nitias pruebas de ser un militar valeroso. Contó con el clima africano como un rudo auxiliar en sus ataques, y en mas de una ocasion exclamó á los suyos señalando al sol: «¡Ved ahí al mas fatal enemigo de los cristianos!» Su penetracion, su talento distinguido, sus cualidades muy superiores á las de todos los hombres que le rodeaban, le habian hecho adquirir una grande influencia y una profunda simpatía entre los suyos. Sencillo en el vestir, frugal en la comida,



Abd-el-Kader.

te cierta cosa noble y admirable en este defensor del pais árabe, que jamás ha retrocedido delante de los deberes difíciles que le ha impuesto su elevacion, ni delante de los peligros de todo género á que se ha visto espuesto. El orgullo, la ambicion, la sed de mando y dominacion, su fuerza de voluntad, su destreza, su devocion religiosa, son las únicas armas con que emprendió la guerra. Ha dado infi-

austero en sus costumbres, rígido en sus creencias, astuto en las negociaciones, justo, pero inexorable en sus decretos, y viviendo en la vida nómada de los pastores, de cuyas tribus es descendiente, estaba destinado á grandes glorias ó á grandes infortunios.

Estas son, pues, las cualidades morales del hoy abatido y pesaroso Abd-el-Kader.